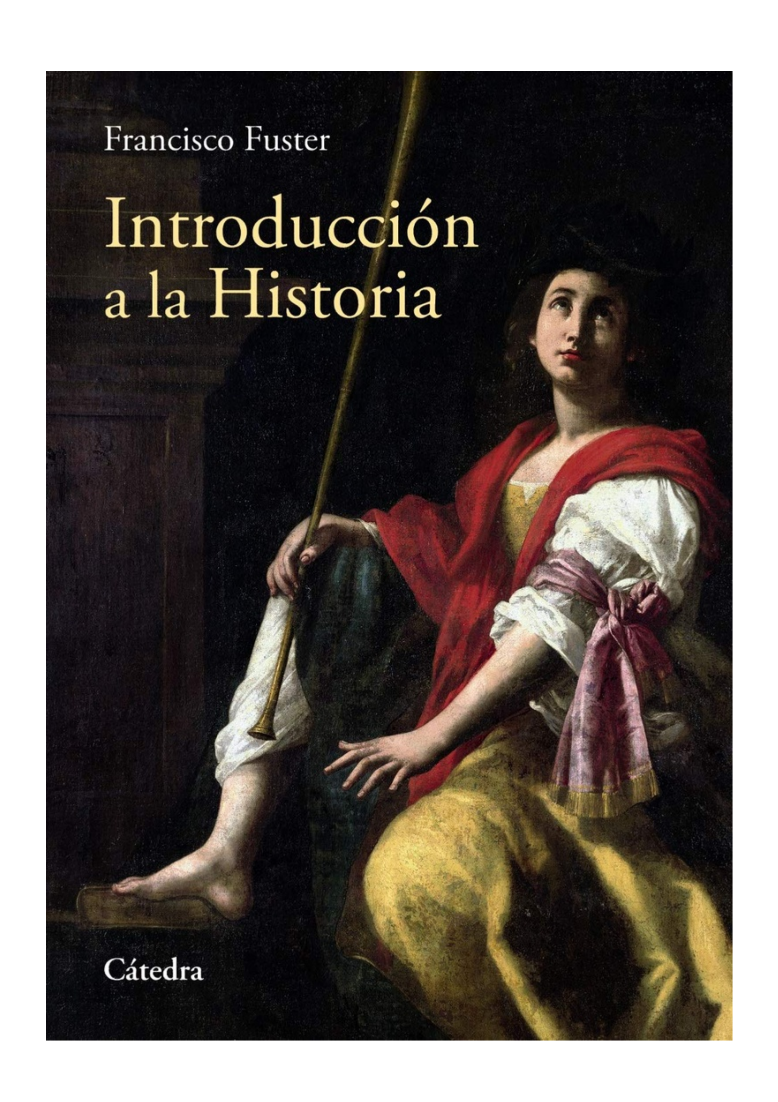

Francisco Fuster
Introducción a la Historia
Cátedra


Francisco Fuster
Introducción a la Historia
Cátedra

Francisco Fuster

Introducción a la Historia

CÁTEDRA

Índice

A Carmen, Encarna e Ivana,
por estar siempre ahí

Amo la historia. Si no la amara, no sería historiador. Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual, resulta abominable dividir la vida en dos mitades: una reservada a la satisfacción de las necesidades primarias y otra dedicada al oficio que se desempeña sin amor. Amo la historia y es por eso que hoy estoy feliz, porque os voy a hablar de aquello a lo que amo.

Lucien Febvre,
Combates por la historia (1952)

PREFACIO

Lo dulce y lo útil

En *Pasión por la historia,* libro donde se reúnen las entrevistas que concedió a Denis Crouzet, la historiadora estadounidense Natalie Zemon Davis explicó que en el origen de su vocación estaba el asombro y el placer que sintió cuando, al empezar sus estudios, descubrió que en un mundo tan antiguo como la Grecia clásica, ya existían ideas tan modernas como la igualdad o la democracia. Al principio, cuenta la autora de *El regreso de Martin Guerre* , su curiosidad solo se sentía atraída por «ese aspecto de diferencia y semejanza» entre las sociedades pretéritas y la nuestra. Sin embargo, más adelante aprendió a observar el pasado con perspectiva histórica y se percató de que en Atenas existía algo tan poco igualitario como la esclavitud y de que la griega era una democracia de ciudadanos masculinos, en la que las mujeres no participaban (Davis, 2006: 9-10).

Si cito este ejemplo es porque creo que refleja bien la diferencia entre el estudiante o aficionado que todavía no ve el pasado con la mirada con la que lo hace un historiador, y el profesional que ya es perfectamente consciente de que, como escribió el poeta español Ramón de Campoamor, «en el mundo traidor / nada hay verdad ni mentira / todo es según el color / del cristal con que se mira». La distancia que media entre esa lectora curiosa que fue la joven Zemon Davis y la historiadora experimentada, capaz de hacernos ver que la historia —como gustaba de recordar E. P. Thompson— es la disciplina del contexto y que un mismo concepto, como el de «democracia», puede haber tenido significados muy distintos a lo largo del tiempo. De ahí la importancia fundamental que adquiere eso que, según el también historiador estadounidense John Lewis Gaddis, es «lo más importante del quehacer de un historiador, ya sea en el aula, en las monografías académicas o incluso en intervenciones de primer plano por televisión: *enseñar»* (2004: 192). Y, aunque es verdad que la historia se puede aprender y enseñar de muchas maneras, una de las más frecuentes es estudiarla en cualquiera de las universidades del mundo en las que se puede cursar un grado, un posgrado o un doctorado en Historia.

Desde mi propia experiencia en una de estas universidades, primero como estudiante y ahora como profesor, uno de los problemas de los estudios de Historia es que en la mayoría de las facultades se enseña la historia, pero no se enseña a ser historiador. Y esto es así por dos motivos: primero, porque, al contrario de lo que se cree desde fuera, la historia no es tan fácil de enseñar. Un historiador no nace, sino que se hace, y eso requiere un tiempo de formación del que muchas veces no se dispone, además de una combinación equilibrada entre la adquisición de conocimientos teóricos (nombres, fechas, causas, consecuencias, etc.) y su aplicación práctica (trabajo en archivos, bibliotecas, yacimientos arqueológicos, museos, etc.), cosa que, como cualquier docente universitario podrá constatar, es difícil de lograr en el marco de unos planes de estudio tan poco flexibles. En segundo lugar, porque en la mayoría de esos planes de estudios la presencia de asignaturas de tipo teórico o metodológico es muy testimonial, cuando no inexistente. Normalmente, lo que prevalece es una concepción tradicional y ortodoxa de la enseñanza de la historia en la que se impone una visión diacrónica, por épocas cronológicas que funcionan como compartimentos estancos (Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea), y panorámica, por realidades geográficas aisladas unas de otras (Historia de España, Historia de Europa, Historia Universal). Si a eso añadimos la persistencia de un modelo de aprendizaje que, en buena medida, sigue siendo memorístico, el resultado es que un estudiante de Historia puede graduarse sin tener nada claro cuál es la metodología de trabajo empleada por un historiador o cuáles han sido las grandes escuelas historiográficas del siglo XX .

Lo que he pretendido con este trabajo no es, como suele decirse de forma deliberadamente exagerada, rellenar un vacío existente en la bibliografía sobre esta cuestión, pues, tanto en español como en otras lenguas, disponemos de libros sobre historiografía y metodología, algunos de ellos muy buenos. No obstante, al impartir una asignatura de estas características en el primer curso del grado de Historia, a estudiantes de 18 años que proceden de la enseñanza Secundaria y que tienen un conocimiento del oficio prácticamente nulo, sí he detectado que la mayoría de dichas obras no son aptas como manuales o libros de referencia para esas materias. Ni por su extensión, ni por el utópico nivel de conocimientos que demandan a sus lectores. Es imposible desglosar un manual de 300 o 400 páginas en cuatro meses de clase, como es igualmente irreal que un estudiante de primer curso

digiera en tan poco tiempo una ingente cantidad de información que tendría que proporcionarse, para ser bien asimilada y entendida, de forma gradual, distribuida en varias asignaturas a lo largo de toda la carrera.

Por eso, y siguiendo la máxima de Eugenio d'Ors según la cual «una síntesis vale por diez análisis», mi objetivo al escribir este libro ha sido facilitar a esos estudiantes de los primeros cursos del grado un breviario con algunas de las ideas básicas sobre el conocimiento histórico, las fuentes o la escritura de la historia, que cualquiera de ellos debería conocer después de cursar una de esas asignaturas introductorias sobre historiografía o metodología. Para ello, he estructurado su contenido en siete sencillos capítulos y me he esforzado a la hora de transmitir mi mensaje de forma lo más clara y concisa posible, pensando no solo en los estudiantes universitarios hispanohablantes, lectores potenciales e ideales de este libro, sino también en eso que, abusando del adjetivo, llamamos «gran público». En esos historiadores ya licenciados que, por el motivo que sea, no ejercen la profesión, pero quieren seguir aprendiendo; en profesores de enseñanza Secundaria que quieren refrescar algunos conocimientos o están preparando sus oposiciones; y, en definitiva, en esos lectores aficionados a la historia que son muy exigentes y que, además de leer por curiosidad, me consta que se preocupan por entender cómo trabajamos. Lo he hecho así porque estoy de acuerdo con el historiador español José Enrique Ruiz-Domènec en que, desde hace mucho tiempo, entre la gente de nuestro gremio «se abusa de la jerga, que convierte los libros en intrincadas selvas de signos lingüísticos, se exagera el uso de las notas a pie de página que a menudo superan en extensión al propio texto y se censura cualquier intento de novedad» (2006: 13).

Creo, sinceramente, que se puede ser riguroso con el vocabulario y con los conceptos, sin resultar pedante o sin caer en la mayor tentación del erudito: pretender demostrar todo lo que uno sabe y ha leído (o dice haber leído). Pienso, además, que se puede escribir un libro documentado sin necesidad de trufar el texto con centenares de notas al pie que entorpecen la lectura y que responden más al ingenuo propósito de avasallar a quienes —a estas alturas— aún se dejan impresionar por eso que al honesto deseo de reconocer la aportación a nuestro trabajo del que previamente hicieron algunos colegas. Y por supuesto, lamento que, en el gremio de los historiadores profesionales, la novedad o la originalidad sea algo que se penalice, por el simple hecho de salirse de la norma o de cuestionar las

jerarquías establecidas. En este sentido, y aun siendo consciente de lo difícil que es la cuadratura del círculo, sí puedo confesar que he dedicado tantas horas a la forma como al contenido.

Mi intención, en definitiva, ha sido la de escribir un ensayo que se pueda usar como manual; o un manual que, salvando las distancias, se pueda leer como un ensayo. Como decía el poeta romano Horacio en su *Epístola a los Pisones:* aunar, en un único texto, «lo dulce con lo útil».

1
El conocimiento histórico

La mayoría de las reflexiones sobre la naturaleza de la disciplina histórica suelen partir de una primera e inevitable pregunta: ¿qué es la historia? O, siendo más precisos: ¿qué tipo de saber nos proporciona el conocimiento histórico? Planteada la cuestión, el siguiente paso consiste en determinar si la historia es o no una ciencia, en el sentido de si emplea un método científico o si, en cambio, la forma de proceder del historiador y, por tanto, sus conclusiones, no se corresponden con las de un matemático, un físico o un biólogo.

Desde esta perspectiva, y como explicó el filósofo e historiador británico R. G. Collingwood (1889-1943), la historia se emparenta con la ciencia porque ambas proporcionan un tipo de conocimiento «inferencial o razonado». Ahora bien, «mientras que la ciencia vive en un mundo de universales abstractos», de verdades que pueden —o no— haberse dado en el tiempo y en el espacio, «las cosas acerca de las cuales razona el historiador no son abstractas sino concretas, no universales sino individuales, no indiferentes al espacio y al tiempo, sino que tienen un cuándo y un dónde propios, aunque el dónde no es necesario que sea aquí y el cuándo no pueda ser ahora» (1988: 227).

Por decirlo de la forma más sencilla posible, la historia no es una ciencia, aunque comparta con las ciencias una serie de características que, de alguna manera, la emparenta con ellas. Como las llamadas «ciencias puras», la historia pretende alcanzar un conocimiento que, a través de la objetividad y el rigor crítico, se acerque lo más posible a la verdad de los hechos; esto es, construir un discurso sobre el pasado en el que no quepan las opiniones subjetivas, los dogmas irracionales o las conjeturas fruto de la imaginación del historiador. Frente a la historia considerada como uno de los géneros de la literatura, ya a principios del siglo XIX nació en Alemania una historia a la que podemos aplicar la categoría de «ciencia humana», para distinguirla de lo que comúnmente conocemos como «ciencias naturales» o «ciencias exactas».

La diferencia fundamental entre la historia anterior a la Escuela Histórica Alemana y la posterior es evidente. A pesar de que, desde la aparición del griego Heródoto de Halicarnaso (484-425 a.C.), podemos decir que ha habido historiadores, no existía un gremio profesional autorizado, ni un método científico consolidado, capaces de dotar al conocimiento histórico de ese mínimo de cientificidad necesario. Desde este punto de vista, nadie puede negar que fue en el siglo XIX cuando la historia tomó carta de naturaleza y adquirió el estatuto epistemológico que todavía hoy le otorgamos.

A partir de ese momento, al historiador se le exige que, usando las fuentes y la metodología apropiadas, sea capaz de elaborar un relato que resulte verosímil, aunque eso no signifique que sea cien por cien verdadero. «La historia —argumentó el historiador francés Henri-Irénée Marrou (1904-1977)— es verídica, pero de una verdad parcial. Podemos saber algo del pasado humano, pero no podemos conocer todo ese pasado» (1985: 174). A diferencia de lo que sucede con algunas de las ciencias experimentales, no hay una cámara aislada en la que podamos recrear con total fidelidad cómo se vivía en el Antiguo Egipto o qué sucedió exactamente en la batalla de Stalingrado. El historiador británico E. H. Carr (1892-1982) resumió en cinco las razones por las cuales la naturaleza epistemológica de la historia nunca podrá ser equiparada a la de las matemáticas o las ciencias naturales (2003: 139-140):

a) La historia se ocupa de hechos concretos y particulares, en tanto que las ciencias estudian lo universal. El método del historiador consiste en estudiar lo único, para ver qué hay en ello de general.

b) Aunque es verdad que la generalización tiene como objetivo que podamos comparar y, con ello, aprender del pasado lecciones que nos sirvan para entender el futuro, lo cierto es que la historia no enseña nada: no se pueden deducir de ella leyes que podamos aplicar ante un mismo fenómeno, pensando que, así, obtendremos un mismo resultado.

c) La historia nos habla del pasado, pero no puede pronosticar el futuro. La función del historiador no es predecir lo que va a pasar, aunque ello no signifique que no podamos hacer inferencias.

d) La historia es forzosamente subjetiva, desde el momento en que la hace el hombre (el sujeto) y tiene como materia de estudio al propio

hombre. Como sucede con cualquier ciencia humana, en la historia, el observador influye irremediablemente sobre el objeto observado.

e) A diferencia de la ciencia, la historia se ha visto afectada por la influencia de la religión y de la moralidad; esto es, de esferas relacionadas con la ética o con la fe, que nada tienen que ver con el empirismo de lo científico. Pese a que a menudo, lo ha sido y lo es, el historiador no debería ser un juez que opine sobre la moralidad de los sujetos históricos. Toda interpretación histórica lleva implícito un juicio de valor que jamás se permitiría en las ciencias exactas o naturales.

A mi modo de ver, fue el historiador francés Lucien Febvre (1878-1956) quien mejor supo explicar qué tipo de conocimiento es el conocimiento histórico. Lo hizo al definir la historia como «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras». Al poner el énfasis en que la historia es un saber «científicamente elaborado», el cofundador de la revista *Annales* daba por hecho que la historia requiere una metodología rigurosa, a pesar de que eso no le otorgue el estatuto de ciencia. De hecho, Febvre insistía en que, siendo el hombre «el objeto único de la historia», resulta evidente que esta no puede ser una disciplina científica, sino humana, perteneciente al mismo grupo del cual forman parte la antropología, la psicología o la lingüística. A diferencia de las ciencias naturales, la historia nunca podrá ocuparse o preocuparse por el «hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros» (1982: 40-41).

Aunque es verdad que hubo un intento de incorporar a la historia dentro del canon de las ciencias exactas, lo cierto es que fracasó. Los teóricos positivistas del siglo XIX trataron de fijar una serie de normas o requisitos para hacer de la historia una ciencia, como la física o la biología, capaz de proporcionar un saber objetivo. La tentativa más destacada de llevar a cabo este proceso fue la publicación de la *Introducción a los estudios históricos* (1897), de Charles-Victor Langlois (1863-1929) y Charles Seignobos (1854-1942). Una obra de referencia en la que estos historiadores franceses llegaban a la conclusión de que no existía la historia sin los documentos y, en consecuencia, la tarea del historiador consistía en bucear en los archivos

en busca de «hechos»: de testimonios y documentos que, una vez analizados e interpretados de forma crítica, informaran con exactitud sobre unos acontecimientos que, ordenados cronológicamente, darían como resultado la historia. Al aplicar este método, el historiador podría acceder a un tipo de conocimiento de validez universal y, por tanto, de carácter inequívocamente científico.

No obstante esa buena voluntad, fue, entre otros, el historiador francés Marc Bloch (1886-1944), discípulo de Langlois y Seignobos, quien reconoció la insuficiencia del modelo positivista al explicar que, medio siglo después de la publicación de la *Introduction aux études historiques,* nuestra disciplina ya era muy vieja como relato, pero seguía siendo «una ciencia que se halla en la infancia como todas las que tienen por objeto el espíritu humano». Queriendo renunciar a su componente literario, decía el autor de *Los reyes taumaturgos* en una crítica implícita al positivismo defendido por sus maestros, la historia se había esforzado baldíamente por penetrar «debajo de los hechos de la superficie; por rechazar, después de seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común» (Bloch, 1982: 16).

En el polo opuesto al positivista está la visión de aquellos autores que no han dudado en afirmar que «la historia no es una ciencia y apenas tiene nada que esperar de las ciencias; ni explica, ni tiene método» (Veyne, 1984: 10). Con esta contundencia se expresaba el historiador francés Paul Veyne en un famoso ensayo sobre Michel Foucault y sobre el proceso de escritura de la historia en el que llegaba a la conclusión —empleando una fórmula que hizo fortuna— de que, en el fondo, la historia no es sino «una novela verdadera»: un relato de acontecimientos verdaderos, pero, al fin y al cabo, una narración que no existiría sin la intervención del historiador.

En una línea parecida, el filósofo e historiador estadounidense Hayden White (1928-2018) dedicó varias décadas de su trabajo a desarrollar una teoría según la cual la historia se opone a la ciencia por su incapacidad a la hora de generar leyes universales. En su opinión, el conocimiento histórico «es siempre un conocimiento de segundo orden, lo que significa que está basado en construcciones hipotéticas de los posibles objetos de investigación que requieren un tratamiento por medio de procesos imaginativos que tienen más en común con la “literatura” que con cualquier ciencia» (White, 2003: 54). Aunque algunos de sus críticos le acusaron de

posmodernista, lo cierto es que, según White, el hecho de que, a la hora de construir la trama de sus relatos, los historiadores empleen en sus narraciones mecanismos propios de la ficción no les resta un ápice de valor. Que un historiador convierta su discurso en un «artefacto literario» solo afectaría a su estatus epistemológico «si creyéramos que la literatura no nos enseña nada acerca de la realidad, que es un producto de una imaginación que no es de este mundo sino de algún otro, inhumano» (2003: 138).

En definitiva, y como han señalado los historiadores españoles Justo Serna y Anaclet Pons, parece claro que la historia no es —ni aspira a ser— una ciencia natural o experimental, pues en ella «no hay laboratorio en que puedan reproducirse las condiciones del hecho analizado». Esto no significa, sin embargo, que el historiador no tenga un método y unas normas a las que debe someterse. La labor del historiador es dar orden y sentido a la narración de los hechos y hacerlo, eso sí, basándose en fuentes y datos que no puede inventarse ni manejar a su antojo. Como la novela, apuntan Serna y Pons, «también la historia es una estructura verbal en prosa que relata hechos de individuos en un contexto. Pero, contrariamente a la ficción, dicho relato se fundamenta en informaciones contrastadas (las fuentes), ciñéndose a lo documentado» (2013: 7-8).

Hay quien, como el historiador británico Simon Schama, ha ido más allá en sus planteamientos y considera que la historia no es ni siquiera una ciencia humana. A su juicio, lo primero que convendría hacer, si pretendemos recuperar la ilusión por enseñar y aprender la historia, es liberarla de su cautiverio dentro de unos planes de estudio en los que aparece «sujeta por esa gran disciplina amorfa y utilitaria denominada "estudios sociales"». La historia, ha concluido Schama, no debería justificarse ni pedir disculpas al resto de saberes por ser lo que es en realidad: «el estudio del pasado en todo su magnífico desorden» (2002: 172).

Para el historiador austríaco Ernst Breisach (1923-2016), el triunfo del posmodernismo y del que, bajo su punto de vista, es su instrumento clave, el llamado *linguistic turn* , ha afectado a la epistemología histórica de forma irreversible, pues ha servido para que los historiadores tomen conciencia de la necesidad de cuestionar su forma de concebir la disciplina. Si aceptamos la caducidad de los grandes paradigmas explicativos de la historia, situados en la tradición de ese progreso ilustrado que el propio posmodernismo impugnó, y si admitimos —como postula el giro lingüístico— la

comprensión del mundo como una red de relaciones lingüísticas cambiantes, sin rumbo ni objetivo concreto, debemos aceptar, también, que «la única continuidad aceptable era la continuidad del cambio» (Breisach, 2009: 41).

En cualquier caso, en lo que sí parece haber consenso es en que, al margen del grado de validez o del estatuto de cientificidad que cada cual otorgue al conocimiento histórico, la historia es una disciplina que ha experimentado una gran evolución y que, a la vez, siempre ha tenido un denominador común: el estudio del pasado, realizado en el presente. Desde que el filósofo italiano Benedetto Croce (1866-1952) afirmara que, independientemente de lo lejanos que sean los hechos analizados por el historiador, «los requerimientos prácticos que laten bajo cada juicio histórico dan a toda la historia carácter de "historia contemporánea"» (2005: 19), cualquier historiador admite que el contexto en el que vive y desempeña su trabajo influye, inevitablemente, en su forma de abordar y de reconstruir otros contextos.

Como ha señalado el historiador español Marc Baldó, el interés por las clases trabajadoras y subalternas, por la historia de África y Asia (o de los pueblos indígenas americanos), por la historia de las naciones o por la historia de las mujeres, por citar solo algunos ejemplos, no se explican sin el desarrollo del Movimiento Obrero, el proceso de descolonización, los nacionalismos de la primera mitad del siglo XX o el movimiento feminista de la segunda ola (2013: 15-22). En este sentido, tiene razón Carr al señalar que el historiador está vinculado a su época y que «la gran historia se escribe precisamente cuando la visión del pasado por parte del historiador se ilumina con sus conocimientos de los problemas del presente» (2003: 113). Cada nueva generación debe reescribir la historia contestando a las viejas preguntas con nuevas respuestas porque, como ya advirtió Collingwood, «en la historia, como en todas las cuestiones fundamentales, ninguna conquista es definitiva» (1988: 240).

2

La metodología

Aunque Veyne afirmó que «la historia carece de método» (1984: 9), porque ningún historiador sería capaz de mostrárnoslo si se lo pidiéramos, lo cierto es que no es así. Como ha señalado Marrou, si se habla de la historia como una ciencia humana no se hace en el sentido de considerarla una episteme, sino una *téchne,* empleando la dicotomía establecida por la filosofía griega. Esto significa, al decir del historiador francés, que, si bien la historia no es una ciencia exacta, sí utiliza «un método sistemático y riguroso que ha demostrado ser el factor *óptimo* de veracidad» con el que pretende generar un saber fundamentado, que se opone «al conocimiento vulgar de la experiencia cotidiana» (Marrou, 1985: 18-19).

Ahondando en esta diferencia entre el método del historiador y el del científico, Bloch también empleaba una metáfora muy visual para advertirnos de que, en efecto, los historiadores «no poseemos un conocimiento inmediato y personal sobre los acontecimientos de antaño», comparable, por ejemplo, al que puede tener un profesor de física con relación a la electricidad. Solo conocemos los hechos a través de los relatos que han dejado sus protagonistas y, por eso, cuando nos faltan esos testimonios, «nuestro desconocimiento es total e irremediable». Todos los historiadores, señalaba con resignación, «tanto los más grandes como los más humildes, nos parecemos a un pobre e impotente físico ciego que solo conoce sus experimentos gracias a los informes de su ayudante de laboratorio» (Bloch, 1999: 18).

Desde esta perspectiva, lo que sucede con la historia es lo mismo que pasa con otras disciplinas que se dedican al estudio de fenómenos únicos o hechos singulares que, por su propia naturaleza, no pueden reproducirse ni observarse de forma directa: no podemos experimentar un proceso histórico y analizarlo empíricamente para extraer de ello un conocimiento científico, en el sentido literal de la palabra. Si no podemos elaborar una teoría universal, que sea válida en todos los casos, lo único que el historiador

puede hacer es dotarse de un método que le permita, al menos, acercarse lo más posible a lo que, en puridad, sería el método científico.

En su clásico manual, el historiador español Julio Aróstegui (1939-2013) estableció cuáles son las características que el método histórico tiene de particulares y específicas, con respecto a los métodos empleados por otras ciencias sociales (1995: 305-309). A su juicio, dicho método reviste una serie de dificultades que él dividía en dos grupos: las ontológicas, que tienen que ver con la propia naturaleza de su objeto; y las instrumentales, derivadas del proceso cognoscitivo que realiza todo historiador a la hora de aplicar su metodología de trabajo. Entre las primeras, destacaba las siguientes:

a) Que el tiempo o la cronología, esto es, el cambio, es el factor determinante que condiciona cualquier investigación que se califique de histórica. La temporalidad, insistía Aróstegui, «es la particularidad más radical de lo específicamente histórico», por lo que el método no puede abstraerse jamás del comportamiento temporal-secuencial que tiene cualquier fenómeno histórico.

b) La historicidad, que afecta también al resto de ciencias sociales y que, en el caso de la historia, constituye el objeto principal de su estudio, es, a la vez, «una de las condiciones de la naturaleza humana más difíciles de aprehender».

c) Uno de los grandes problemas que presenta el método histórico es la dificultad de establecer, desde el punto de vista teórico y, en consecuencia, metodológico, cuál es la singularidad del proceso histórico: cómo se puede pasar de lo concreto o lo único, a lo global o universal.

d) La paradoja de que esa singularidad del devenir histórico va acompañada de la generalidad, pues «todo está afectado por el tiempo y, en sentido absoluto, ontológico, todos los hechos que afectan al hombre son objeto de la historiografía».

Además de estos condicionantes, de tipo ontológico, añadía otras especificidades a las que él llamaba «instrumentales»:

a) El historiador no trabaja con hechos, propiamente dichos, sino con los restos o las huellas que esos hechos nos han dejado. Por tanto, en la

investigación de la historia, el «documento indiciario», y no la observación del fenómeno mismo, es la «fuente de información» por excelencia.

b) La orientación esencial del método es doblemente comparativa: comparación entre procesos históricos que se producen de forma simultánea, en distintos lugares; pero también comparación sucesiva, entre procesos anteriores y posteriores en el tiempo.

c) El método histórico debe buscar siempre el equilibrio entre los dos planos de la realidad social, que son el individuo y la colectividad, la estructura y el sujeto. Ninguno de los dos elementos explica por sí solo la historia, pero ninguno puede marginarse en una explicación de la historia.

d) Aunque el método histórico es «globalizante», la necesidad de ser inteligible le obliga a parcelar la materia historiográfica, ya sea por épocas (antigua, medieval, moderna, contemporánea) o ya sea por materias (política, economía, mentalidades, etc.). Es un recurso necesario para poder exponer un conocimiento que, de otra forma, resultaría muy difícil de entender.

e) La historia que conocemos está necesariamente condicionada por nuestra visión desde el presente. Como sucede con el resto de las ciencias sociales, resulta imposible adecuar el discurso histórico a la realidad «objetiva» porque, partiendo de nuestro presente, no es realista pretender una «historia total» que abarque «todo el pasado del hombre».

En definitiva, Aróstegui resumía en tres las características del método histórico: trabaja con una realidad mediata (sus fuentes son huellas y restos, indicios); trata de captar procesos diacrónicos, que se suceden a lo largo del tiempo; y, por último, debe tender siempre a la globalización, esto es, a ver qué hay de común o de universal en lo distinto o individual. Teniendo en cuenta esto, señalaba al menos tres grandes problemas que el método debía resolver para perfeccionarse:

— Su escaso nivel de formalización y de articulación de unas normas propias, así como la ausencia de un lenguaje distintivo.
— La falta de instrumentos teóricos y prácticos de que dispone el historiador a la hora de aprehender una realidad compleja y cambiante.

— La recurrente dificultad de conjugar lo sistemático y lo anecdótico, el análisis de las grandes estructuras y el estudio de los simples acontecimientos.

Si de la teoría pasamos a la práctica, vemos que existe acuerdo entre los historiadores en que toda investigación debe partir de un proyecto inicial. La aplicación del método histórico empieza, pues, cuando el historiador identifica un objeto y elabora un plan de trabajo con el que pretende analizarlo y estudiarlo, para acabar entendiéndolo y, la mayoría de las veces, explicándolo a otros, con la finalidad de que también ellos lo comprendan. Sin esa necesaria planificación, lo más probable es que los problemas que surgen durante el proceso de investigación nos alejen del éxito y nos acerquen al fracaso. A esto hay que añadir algo esencial: el historiador debe exponer sus argumentos y mostrar sus fuentes de manera convincente y coherente, pues, como precisaba Aróstegui, «para que un discurso pueda considerarse científico debe presentar siempre la posibilidad de que sus propias conclusiones puedan ser rebatidas» (1995: 317-318).

Todo historiador necesita, después de plantear su hipótesis, pero antes de iniciar el proceso de recogida y análisis de sus fuentes, un guion de trabajo mínimo, aunque este sea provisional y esté sujeto a los inevitables cambios que cualquier investigación conlleva. A mi juicio, quien mejor lo explicó fue el filósofo y semiólogo italiano Umberto Eco (1932-2016), que, en su manual sobre el género de la tesis doctoral, dejó bien claro que lo primero que debe tener un doctorando, antes de redactar la primera línea de su investigación, son tres cosas básicas: el título, la introducción y el índice. Obviamente, ese índice o guion que se hace antes de empezar una tesis (o cualquier otro trabajo) es algo hipotético, que después será modificado varias veces hasta adquirir su forma definitiva, pero siempre será mejor y más fácil reestructurar algo que ya existe, que no improvisar sobre la marcha, como argumentaba Eco usando un símil muy acertado:

> Imaginad que tenéis que hacer un viaje en coche de un millar de kilómetros y que disponéis de una semana. Aunque estéis de vacaciones no saldréis de casa a ciegas marchando en la primera dirección que se os ocurra. Saldréis con un plan. Os proponéis recorrer la autopista del Sol (Milán-Nápoles) con algunas desviaciones a Florencia, Siena y Arezzo, una estancia más larga en Roma y una visita a Montecassino. Si luego a

lo largo del viaje resulta que Siena os ha llevado más tiempo del previsto o que, además de Siena, merecía la pena visitar San Giminiano, decidiréis eliminar Montecassino. Es más, llegados a Arezzo, se os podría ocurrir doblar hacia el Este y visitar Urbino, Perugia, Asís y Gubbio. Lo cual supone que —con motivos muy serios— habréis cambiado de trayecto a mitad de viaje. Pero el que habéis modificado es *ese* trayecto, no *ningún* trayecto (1987: 137-138).

Por otra parte, a nadie se le escapa que toda investigación está condicionada por la mayor o menor cantidad de fuentes de las que disponemos y por la pregunta que nos formulamos ante nuestro objeto de estudio. El historiador, decía Febvre, «no va rondando al azar a través del pasado, como un trapero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar» (1982: 22). Normalmente, el método parte de una pregunta que el historiador se hace a sí mismo cuando ya conoce lo que se ha de saber sobre determinado objeto de estudio (el «estado de la cuestión») y, sin embargo, sigue teniendo alguna duda por resolver. La pregunta o problema, y su correspondiente hipótesis, son los necesarios puntos de partida de toda pesquisa y son, también, lo que más asustó a los positivistas ortodoxos de la Escuela Metódica Francesa, pues ello suponía —como señaló Febvre— una especie de traición, al «hacer penetrar en la ciudad de la objetividad el caballo de Troya de la subjetividad» (1982: 43).

Sin embargo, lo cierto es que el buen historiador no es sino el que se hace buenas preguntas: el que conoce las fuentes a su alcance y sabe interrogarlas de forma distinta a como lo han hecho otros, para lograr con ello nuevas respuestas. La existencia de documentos no presupone la creación de un discurso histórico, pues para ello se requiere de una «acción original», que es la «pregunta formulada» por parte de quien interroga a esas fuentes. El pasado, reflexionaba Marrou, se presenta ante nosotros «como una vaga fantasía sin forma ni consistencia»; para aprehenderlo, el historiador «necesita encerrarlo en una red de preguntas sin escapatorias, obligarlo a que confiese» (1985: 38).

Como ha destacado el historiador francés Antoine Prost, la primacía de la pregunta sobre cualquier documento tiene dos consecuencias. En primer lugar, nos advierte de que «no podemos hacer una lectura definitiva de un documento dado», porque el mismo documento puede ser abordado con

otras preguntas o utilizando otros métodos. En segundo término, el hecho de que el cambio en la pregunta que hace el historiador exige, también, el cambio en las fuentes y la metodología empleada, pues existe «una solidaridad indisociable entre la pregunta, el documento y el procedimiento con que lo tratamos» (Prost, 2001: 93-94). No se usaban las mismas fuentes en el siglo XIX , cuando la historiografía se basaba en los testimonios escritos y conservados en archivos, que en el siglo XX o el XXI , cuando la categoría de «documento» se ha expandido de forma exponencial y agrupa una variedad de fuentes que van desde los restos arqueológicos, hasta las fuentes orales, pasando por multitud de huellas y registros del pasado.

El mismo Prost ha argumentado que la función esencial del historiador es hacer «avanzar» nuestro conocimiento histórico y que, para ello, no todas las preguntas valen. Es fundamental que el objeto de estudio tenga la entidad suficiente y que la pregunta planteada sea una pregunta legítima, que cubra una laguna en nuestro saber. En su opinión, «un vacío auténtico no se refiere a un objeto suplementario cuya historia no se haya hecho todavía (pone el ejemplo de la historia local de un pueblo), sino a aquellas preguntas para las que los historiadores aún no tienen respuestas» (Prost, 2001: 96). En este sentido, concluye que la pregunta ideal que se puede hacer el historiador debe dirigirse «de lo más subjetivo a lo más objetivo»; del corazón del historiador, al corazón de ese enigma que ansía resolver:

> Profundamente enraizada en la personalidad de quien la formula, solo se plantea en relación con los documentos en los que pueda hallar la respuesta que busca. Inserta en determinadas teorías, o quizá siguiendo simplemente las modas que recorren la profesión, desempeña a la vez una función profesional, una función social y una función personal más íntima (Prost, 2001: 111).

El corolario que se deriva de esto es que el oficio de historiador consiste, entre otras cosas, en una continua tarea de selección: de períodos, hechos, fuentes, metodologías, enfoques, etc. No existe historia sin un historiador porque, como explicó Carr, «la creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero dificilísima de arraigar» (2003: 86). A mayor cantidad de fuentes y datos disponibles, más difícil será ese trabajo de criba y selección por parte del historiador. Por eso, decía el

historiador británico, no sorprende la seguridad de quienes se dedican a la historia antigua o medieval, ya que, al disponer de mucha menos documentación que quienes estudian la época contemporánea, sus dudas son menores y su conocimiento es aparentemente mayor, aunque esto se deba únicamente a ese desfase entre la cantidad de información disponible y la proporcional necesidad de descartarla o incorporarla a nuestro relato. Los hechos históricos, zanjaba Carr empleando una de sus habituales metáforas, no son como los pescados que ya vemos en el mostrador de la pescadería:

> […] más bien se asemejan a los peces que nadan en un océano anchuroso y aun a veces inaccesible, y lo que el historiador pesque dependerá en parte de la suerte, pero sobre todo de la zona del mar en que decida pescar y del aparejo que haya elegido, determinados desde luego ambos factores por la clase de peces que pretenda atrapar (2003: 98).

Uno de los grandes problemas de la metodología histórica tiene mucho que ver con el tipo de materiales con los que trabaja. Al valerse de restos o indicios, el historiador sabe, de antemano, que no lo puede conocer todo: no existe un relato coherente porque, entre huella y huella del pasado, hay, necesariamente, un vacío que es necesario rellenar. Lo admitió el historiador medievalista francés Georges Duby (1919-1996), en una entrevista autobiográfica sobre el oficio, al reconocer que su trabajo había consistido, básicamente, en rellenar esos silencios de la historia:

> Un cierto número de huellas. Estas huellas son poco comunes para los períodos antiguos, como aquel del que yo me ocupo; todo esto está muy gastado por el tiempo, muy degradado, es un tejido ajado, raído, rasgado. Grandes agujeros que la investigación histórica es incapaz de llenar. Incluso la mayoría de las veces no podemos medir la extensión de lo que falta, no sabemos lo que se ha estropeado, lo que se ha borrado.
>
> De esta forma, yo que hablo, estoy ante esas ruinas, esos restos; algunos podemos situarlos en el espacio y en el tiempo, en un lugar preciso, en una fecha precisa, hay otros que flotan, cuya localización sigue siendo muy vaga. Esto, evidentemente, es «real», un testimonio irrefutable: procede de la gente que ha vivido y actuado en otro

> tiempo. Lo que intento hacer, basándome en estos testimonios, es, en primer lugar, establecer cualquier tipo de relación entre estas huellas. A partir de ese momento interviene la imaginación: cuando trato de llenar estas lagunas, estos intersticios, de tender puentes y rellenar las fallas, este no dicho, este silencio, de alguna manera, ayudándome de lo que ya sé (1988: 39).

Ahora bien, que el historiador emplee su imaginación o su bagaje de conocimientos para cubrir el vacío de esos silencios que dejan las huellas, no significa que el relato histórico no deba estar apoyado en pruebas sólidas. De hecho, son esos testimonios los que le sirven como base a partir de la cual da forma a una narración, gracias a su capacidad hermenéutica para interpretar dichas fuentes y para inferir posibilidades no siempre demostrables. En la práctica de la escritura historiográfica, dichas pruebas adquieren la forma de lo que el filósofo e historiador franco-polaco Krzysztof Pomian ha llamado «marcas de historicidad», entendiendo por estas los «elementos, signos o fórmulas que supuestamente han de conducir al lector fuera del propio texto; signos o fórmulas que apuntan hacia una realidad exterior a esta narración misma, incluso extratextual, señalando que la narración que los contiene pretende no bastarse a sí misma» (2007: 27). ¿Cuáles son las marcas de historicidad más comunes? Sin duda alguna, las notas o referencias a pie de página, en las que el autor remite a una fuente exterior a su texto, con el objetivo de que el lector pueda acudir a ella para verificar su autenticidad y dar fe de su buen uso.

También podrían considerarse como tales las citas de terceros que incorporamos al relato histórico y que, como dice Prost siguiendo al filósofo e historiador francés Michel de Certeau (1925-1986), producen un doble efecto: un «efecto de verdad», que sirve para certificar o confirmar que «lo que dice el historiador no procede de su propia cosecha», sino que fue dicho antes por otros; y, en segundo lugar, lo que De Certeau llamó un «efecto de realidad», en el sentido de que, «con las palabras del otro se introduce en el discurso la realidad del tiempo distante» (Prost, 2001: 267). Igualmente, podrían considerarse marcas de historicidad las fotografías, mapas, datos o, en definitiva, todos los elementos que el historiador emplea para convencer al lector de que detrás hay una metodología y unas normas que se han aplicado con el debido rigor.

Una narración, dice Pomian, solo se considera histórica «cuando hace gala de la intención de someterse a un control de su adecuación a la realidad extratextual pasada de la que habla» (2007: 29). Marrou fue incluso más allá, al exigir del historiador honesto que no solo aportara las marcas de historicidad, lo cual ya se presupone, sino que explicara, por prurito profesional, qué metodología de trabajo había seguido y por qué motivo había escogido esa y no otra:

> La probidad científica exige que el historiador defina y tome conciencia de la orientación de su pensamiento, que haga explícitos sus postulados (en la medida de lo posible), que se muestre en acción y nos permita presenciar el nacimiento de su obra. ¿Por qué y cómo seleccionó y definió el tema? ¿Qué buscaba y qué encontró?» (1985: 172).

Por otro lado, el asunto de la mayor o menor cantidad de fuentes, así como el de su proceso de selección y filtración, como parte intrínseca de la metodología histórica, nos sitúa frente a una paradoja ya señalada por White: «Cuanto *más* conocemos sobre el pasado, más difícil resulta hacer generalizaciones sobre él» (2003: 122). Una contradicción que no deja de ser un problema porque, según Carr, «el historiador no está realmente interesado en lo único, sino en lo que hay de general en lo único». Y ciertamente, es así: hacer historia requiere un uso constante e inevitable —aunque jamás arbitrario— de la generalización, como un recurso necesario para poder explicar, en un espacio razonable, lo que sucedió en un período de tiempo inabarcable. Lo sabe cualquier historiador y lo sabe, también, cualquier lector, porque, como insistía Carr, «el lector de historia, lo mismo que el autor, es un generalizador crónico, que aplica la observación del historiador a otros contextos históricos que conoce bien, o aun a su propia época» (2003: 141). El buen historiador debe encontrar el equilibrio y, sin abusar de la generalización injustificada, articular un relato lo suficientemente panorámico como para captar la realidad de un momento concreto y, a la vez, resultar representativo de una época.

Ni la brocha excesivamente gorda, ni el pincel exageradamente fino, pues, como advirtiera el historiador británico Ernst H. Gombrich (1909-2001), hablando de quienes confunden la historia científica con la erudita y de lo absurdo que es pretender saber lo que nadie sabe, «la fuerza y la

debilidad de la erudición está en que se ocupa de lo particular, no de lo general. De su fuerza deriva la posibilidad de comprobación, negada a las proposiciones generales de la ciencia (excepto las matemáticas), pero paga esta fuerza con el carácter aleatorio de las pruebas, que ya mencioné. ¿Qué caso tiene demostrar algo que nadie quiere saber?» (Gombrich, 1993: 17).

La investigación histórica avanza por el descubrimiento de nuevos temas o nuevas fuentes, pero también por la aplicación de nuevos enfoques sobre viejos temas o viejas fuentes. El rigor metodológico debe servir al historiador, entre otras cosas, para identificar o discernir si un campo de trabajo puede llegar a ser fecundo, desde el punto de vista del conocimiento que puede aportarnos, o si se trata, simplemente, de un caso concreto que no supone ninguna novedad y no añade nada a la casuística ya existente. La aparición de nuevas técnicas y metodologías obliga a replantearnos lo ya sabido y a revisar teorías establecidas que en su momento fueron aceptadas como válidas, pero que hoy, a la luz de lo que conocemos, deben ser matizadas o refutadas. Tan necesario es la aparición de nuevos actores o de nuevas corrientes historiográficas, como la aplicación de interpretaciones distintas e innovadoras sobre sujetos u objetos históricos ya consolidados y aceptados.

Desde esta perspectiva, Aróstegui ya incidía en que «lo importante es no confundir las meras innovaciones temáticas con progresos metodológicos» (1995: 319), pues no tiene nada que ver una cosa con la otra. Uno de los grandes problemas del historiador, escribió el historiador estadounidense Carl E. Schorske (1915-2015), es que «es singularmente estéril a la hora de idear conceptos», por lo que, a menudo, los toma prestados de otros ámbitos del saber y los usa «como medio para dar verosimilitud o contundencia» a sus afirmaciones, pero sin explicarlos bien a los lectores y, muchas veces, sin ni siquiera entenderlos él mismo (2001: 358).

Desde el punto de vista de la evolución metodológica, la interacción de la historia con otras ciencias humanas (geografía, antropología, sociología, filología, etc.) constituye la gran innovación que nuestra disciplina ha experimentado durante el siglo XX , sobre todo a raíz de la revolución que supuso la creación de la revista *Annales* en 1929 y de la escuela formada en torno a ella. En uno de los ensayos incluidos en su antología *Combates por la historia* (1952), Febvre ya abogaba por esta interdisciplinariedad y la catalogaba como «la tarea primordial, la más urgente y la más fecunda, sin duda, de las que se imponen a una historia que se impacienta ante las

fronteras y los compartimentos estancos». Más que tomar prestados conceptos, nos advertía, lo que conviene adoptar de otras ciencias son «métodos e inspiración». Y todo ello teniendo en cuenta que esa integración del historiador dentro de un equipo interdisciplinario, formado por especialistas en varios campos, iba a tener sus ventajas, pero también sus inconvenientes: «Indudablemente, es una fórmula para el futuro. Al trabajo, le hará perder mucho de su intimidad. No será ya asunto de un hombre y su proyección, al menos, tan profundamente. Pero ganará en eficacia lo que se pierda en personalidad. Quiérase o no, los tiempos del artesanado empiezan a quedar fuera de nuestro horizonte» (Febvre, 1982: 30-31).

En esta misma línea, el historiador británico Peter Burke ha señalado que esa colaboración del historiador con otros colegas del ámbito de las humanidades, que tan beneficiosa ha sido y tan buenos resultados ha dado, ha tenido, sin embargo, un efecto negativo sobre nuestra disciplina, como es su excesiva fragmentación e incluso la pérdida de una identidad propia:

> Aunque la expansión del universo de los historiadores y el diálogo creciente con otras disciplinas, desde la geografía a la teoría literaria, deberán ser, sin duda, bien recibidos, estos procesos tienen su precio. La disciplina de la historia está ahora más fragmentada que nunca. Los historiadores de la economía son capaces de hablar el lenguaje de los economistas; los historiadores del pensamiento, el de los filósofos, y los historiadores sociales, los dialectos de sociólogos y antropólogos sociales. Pero a estos grupos de historiadores les comienza a resultar cada vez más difícil conversar entre sí. ¿Tendremos que soportar esta situación o existe alguna esperanza de síntesis? (1996: 35).

La conclusión sería, pues, que la metodología del historiador evoluciona continuamente, según su objeto de estudio y las fuentes de las que dispone. No es lo mismo estudiar la historia del Egipto faraónico, que la de la sociedad feudal o la del crack de la bolsa de Nueva York en 1929. Creer que la acumulación de datos e informaciones sobre un mismo hecho o período es sinónimo de un mayor conocimiento histórico, es un grave error, pues, a nivel metodológico, llega un momento en que lo cualitativo es más importante que lo cuantitativo. Aunque carezca de un método científico, han matizado Serna y Pons, «el historiador se somete a reglas, a

procedimientos, a protocolos que comparte con los restantes investigadores: tanto para exhumar productos humanos como para escribir sobre ellos y para comunicarlos» (2013: 8).

Precisamente por eso, es fundamental que, además de ser capaz de realizar una investigación y de poder explicar sus resultados, el historiador sepa, también, argumentar y demostrar el método que ha seguido. El discurso o relato histórico no surge de la nada, sino que es el final de un proceso que ha pasado por distintas fases. Por decirlo con Aróstegui, «no basta con decir lo que sabemos sino que es preciso decir cómo lo sabemos» (1995: 330).

3
Las fuentes

Cualquier análisis sobre las fuentes del historiador debe partir de una premisa: es imposible comprobar en primera persona cómo sucedieron los hechos en el pasado, por lo que el conocimiento que tenemos de él siempre será indirecto, a través de los testimonios que, con mejor o peor fortuna, seamos capaces de rescatar e interpretar. Como resumió Bloch con su magistral capacidad de síntesis: «Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz» (1982: 42).

Si aceptamos que el saber histórico procede a partir de las huellas que el pasado ha dejado en el presente, debemos convenir, en consecuencia, que sin ellas no hay conocimiento posible; por muy fragmentarias, dispersas o escasas que sean, resultan imprescindibles para elaborar un discurso mínimamente fiable o riguroso. Dicho relato o reconstrucción requiere, por supuesto, de nuestra habilidad para saber interrogar a la fuente. Debemos ir «al encuentro de su sentido» porque, como decía el filósofo y antropólogo francés Paul Ricoeur (1913-2005), es el historiador quien «eleva la huella a la dignidad de documento significante y eleva al mismo pasado a la dignidad de hecho histórico» (1990: 25).

Los procesos por los cuales el historiador selecciona e interpreta las fuentes, la heurística y la hermenéutica, no son operaciones sencillas; más bien todo lo contrario, pues es precisamente ahí donde se demuestra la capacidad y la perspicacia de un investigador. El buen historiador no es solo quien encuentra documentos nuevos, sino quien sabe dominar las fuentes y es capaz de mirarlas desde un punto de vista original, necesario para sacarles todo su jugo.

En su *Introducción a la historia* (1949), Bloch estableció una división entre lo que él llamaba «testimonios voluntarios» («relatos deliberadamente dedicados a la información de los lectores», que tienen la ventaja de proporcionarnos «un encuadre cronológico casi normal y seguido») y los «testigos sin saberlo»: narraciones que no fueron escritas con la voluntad

expresa de dejar constancia de algo y que, sin embargo, nos interesan especialmente «por lo que se nos deja entender sin haber deseado decirlo» (1982: 53-54). Si, cada vez más, la investigación histórica se ha centrado en estos últimos, privilegiándolos sobre los otros, es justamente porque los historiadores inteligentes han sabido captar que en esas huellas había, quizá, más verdad —o, al menos, otra verdad— que en las fuentes oficiales, susceptibles de haber sido «elaboradas» con una finalidad determinada.

Todo puede ser testimonio histórico si el historiador sabe utilizarlo como tal, porque es la capacidad del historiador para hacer la pregunta correcta lo que convierte algo en fuente para la historia, lo cual no deja de ser —como ha señalado Prost— una paradoja o un círculo vicioso, en el sentido de que «se necesita ser ya historiador para formular una pregunta histórica» (2001: 91). Si el positivismo impuso como norma el uso de documentos de archivo como fuente principal del historiador, desde la aparición de *Annales* —y, posteriormente, de la llamada «Nueva Historia»— esto dejó de tener validez, como ya señaló Febvre, al propugnar la necesidad de que el historiador ampliara sus horizontes y saliese de la estrechez metodológica impuesta por la Escuela Metódica Francesa y por el historicismo alemán:

> Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero *todos los textos* . Y no solamente los documentos de archivo en favor de los cuales se ha creado un privilegio: el privilegio de extraer de ellos, como decía el otro, un nombre, un lugar, una fecha, una fecha, un nombre, un lugar, todo el saber positivo, concluía, de un historiador preocupado por lo real. También un poema, un cuadro, un drama son para nosotros documentos, testimonios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia…
>
> Está claro que hay que utilizar los textos, pero *no exclusivamente* los textos. También los documentos, sea cual sea su naturaleza: los que hace tiempo que se utilizan y, principalmente, aquellos que proporcionan el feliz esfuerzo de las nuevas disciplinas como la estadística, como la demografía que sustituye a la genealogía en la misma medida, indudablemente, en que *demos* remplaza en su trono a los reyes y a los príncipes; como la lingüística que proclama con Meillet que todo hecho lingüístico pone de manifiesto un hecho de civilización; como la psicología que pasa del estudio del individuo al

> de los grupos y las masas. Y tantas otras disciplinas. Hace milenios que el polen de los árboles forestales cayó en los cenagosos pantanos del norte. Hoy, Gradmann, examinándolo al microscopio, saca de ese hecho el fundamento de apasionantes estudios sobre el poblamiento antiguo que la ciencia del hábitat humano debe confesarse impotente para realizar —aun añadiendo a los datos de los textos el estudio de los nombres de los lugares o el de vestigios arqueológicos. Ese polen milenario es un documento para la historia. La historia hace con él su miel, porque la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido… (1982: 29-30).

El «problema» de los textos, añadía el cofundador de la revista *Annales,* es que son textos humanos; esto es, que tienen su historia y que, por tanto, hay que tener mucho cuidado a la hora de manejarlos como fuentes, pues «suenan de forma diferente según los tiempos e incluso si designan objetos materiales; solo excepcionalmente significan realidades idénticas, cualidades iguales o equivalentes» (1982: 29). Además, aclaraba Febvre, no debemos olvidar jamás que la historia se hace con documentos escritos, pero también puede —y debe— hacerse sin ellos, cuando no existen. El historiador debe emplear en su trabajo «todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre» (1982: 232).

Desde este punto de vista, queda claro que la visión tradicional, que asociaba la categoría de fuente a la documentación conservada en un archivo, está totalmente superada. Las llamadas «fuentes de archivo», que tan potenciadas fueron por el positivismo, por su condición de documentos originales, son hoy en día una fuente más, de las muchas que el historiador del siglo XXI tiene a su alcance. A lo largo de las últimas décadas, el concepto de documento no ha dejado de ampliarse y lo normal es que, a medida que evolucione la metodología, lo siga haciendo. De hecho, y como ha precisado Pons, la aparición de Internet y de los nuevos medios digitales ha desencadenado «el más grande trastorno que ha vivido la corporación académica en los últimos tiempos» (2013: 27), solo comparable a la invención de la imprenta. Una revolución que ha cambiado nuestro concepto de archivo y ha dado origen a una corriente historiográfica —la

historia digital— cuyas fuentes y metodología poco tienen que ver con las de la historia tradicional.

El trabajo del historiador con las fuentes consta, como ha señalado el historiador español Enrique Moradiellos, de dos grandes etapas: la heurística, consistente en la búsqueda e identificación de esas huellas o reliquias del pasado que puedan servir como documentos; y la hermenéutica, o fase de interpretación y exégesis del material acopiado. El propio Moradiellos establece una primera clasificación de lo que serían las fuentes primarias con las que trabaja habitualmente el historiador, según su naturaleza (2016: 36):

a) Fuentes textuales y escritas, que irían desde los manuscritos hasta el libro impreso, pasando por la prensa o por los documentos grabados sobre piedra, metal u otros soportes.

b) Imágenes o fuentes icónicas, que, como su nombre indica, agrupan dibujos, pinturas, grabados, esculturas, fotografías o vídeos.

c) Fuentes estadísticas o numéricas, entendiendo por tales los censos, padrones, estadísticas oficiales, o series de cuadros y tablas ya elaboradas.

d) Fuentes orales, ya sean transmitidas directamente o ya sean grabadas en cualquier soporte.

e) Fuentes materiales, dentro de las cuales agruparíamos los restos arqueológicos, monumentos, edificios, ruinas, instrumentos y objetos de uso cotidiano, etc.

Por su parte, el historiador español Francisco Alía Miranda ha desarrollado y argumentado una clasificación más completa, articulada sobre la base de los distintos criterios que, según él, sirven para discernir un tipo de fuentes de otras (2008: 103-104).

a) Según el criterio posicional o forma de elaboración, pueden ser directas (elaboradas por algún testigo presencial) o indirectas (basadas en información no testimonial).

b) Según el criterio intencional o intención que hay en la elaboración, pueden ser intencionales (son el resultado de un acto intencionado) o no intencionales (fuentes involuntarias que han sobrevivido, pero no fueron

elaboradas ni conservadas con la intención de ser usadas como testimonios).

c) Según la clase o el procedimiento a través del cual nos llega la información, pueden ser monumentales (restos arqueológicos o monumentales), textuales (transmiten información mediante texto escrito), iconográficas (emplean la imagen), sonoras (grabaciones o sonidos), audiovisuales (combinan imagen y sonido) o electrónicas (generadas a través de procedimientos informáticos).

d) Según la difusión o el medio usado para transmitir la información, pueden ser monumentales (restos arqueológicos o monumentos), documentales (documentación original de archivo, inédita y única), bibliográficas (documentación textual ya publicada), gráficas y audiovisuales (documentación no textual que se expresa a través de la imagen o la imagen y el sonido), prensa (publicaciones periódicas), fuentes orales (entrevistas o testimonios) o digitales (documentos informáticos).

En opinión de Alía Miranda, fue precisamente el desarrollo de la metodología y el debate sobre las fuentes lo que posibilitó, gracias al trabajo realizado por la Escuela Histórica Alemana, que la historia alcanzara la categoría de ciencia humana durante el siglo XIX . Una de las principales aportaciones del historicismo y, en concreto, de su cabeza más visible, el historiador alemán Leopold von Ranke, fue su crítica a las fuentes narrativas (las crónicas) que los historiadores habían venido usando desde la época de Heródoto, así como su apuesta decidida por la documentación original conservada en el archivo. El precio que hubo que pagar por ello, ha señalado este autor, «fue el olvido de otros documentos, de otras épocas y de muchos protagonistas de la historia que esta "historia desde arriba" dejaba en el olvido» (Alía, 2008: 95-96).

Tras el impulso ejercido por el historicismo rankeano y la sacralización de la fuente original que llevó a la creación de grandes archivos públicos, la relación del historiador con las fuentes experimentó un nuevo cambio con la aparición de la Escuela Metódica nacida en 1876, de la mano de los historiadores franceses Langlois y Seignobos. La gran contribución metodológica de dicha escuela fue su propuesta de realizar una crítica rigurosa y exhaustiva a los documentos, pues, según Langlois y Seignobos, «la historia se hace con documentos» y, desde esa perspectiva, el historiador

debía callarse y dejarles hablar a ellos, porque son «las huellas de los acontecimientos del pasado» (2003: 95). Esta postura tan reduccionista, que atribuía al historiador la única misión de dedicarse a establecer hechos a partir de lo que dicen los documentos, fue atacada ya en el siglo XX , cuando Bloch y Febvre denunciaron la insuficiencia metodológica de un positivismo que, para ellos, había quedado obsoleto, y argumentaron la necesidad de ampliar la categoría de fuente, en el marco de su propuesta más general de una historia interdisciplinaria.

La incuestionable revolución que supuso la Escuela de los *Annales* y, ya en los años setenta, la aparición de la *Nouvelle Histoire,* tuvo como consecuencia un cambio en nuestra forma de trabajar con las fuentes y el paso de una historia tradicional (la que culmina con el historicismo y la Escuela Metódica), a una nueva forma de hacer historia que inauguró *Annales* y que dominó, junto con el paradigma marxista, buena parte de la historiografía del siglo XX .

Por último, conviene tener en cuenta algo tan obvio que, a menudo, se nos olvida: la mayoría de fuentes que han llegado hasta nosotros no lo han hecho de forma casual, sino todo lo contrario: porque alguien se ha ocupado y preocupado de que se conservaran. Nuestro trabajo consiste no en acumular la mayor cantidad de datos objetivos, lo cual resulta del todo absurdo, sino en hacer un proceso de selección y filtrado que evalúe, caso a caso, fuente a fuente, ante qué tipo de documento estamos y cómo hay que tratarlo para sacarle el máximo rendimiento, sin pretender —evidentemente — que el documento diga algo que no dice.

Como ya puntualizó Marrou, nos guste o no, una de las limitaciones más grandes que rigen el trabajo del historiador es el «hecho brutal y totalmente exterior de que se conserven o no documentos relacionados con cada una de las incógnitas que la investigación propone enfocar» (1985: 46). Justamente por eso, la búsqueda documental del historiador debe ser concienzuda y metódica, aunque eso no excluya, ni mucho menos, ese componente de sorpresa y azar que siempre está presente. Al decir de Carr, que los datos y los documentos sean esenciales para el historiador no significa que este no deba «guardarse de convertirlos en fetiches» (2003: 94). De nada sirven las fuentes, por extraordinarias que sean, si no hay un historiador, con una metodología, que sepa dotarlas de sentido.

4
El oficio de historiador

La consolidación de la historia como ciencia humana en el siglo XIX coincidió con el momento de mayor difusión de la corriente filosófica positivista. Desde el punto de vista de la metodología, el positivismo consideró que cualquier aportación personal —y, por tanto, subjetiva— del historiador, que fuese más allá de su función como crítico y estudioso de los documentos, era negativa, pues suponía un atentado contra la verdad o la objetividad de la historia. La voluntad rankeana de contar los hechos «tal y como realmente sucedieron» se tradujo, en la práctica, en la asunción por parte del historiador de un discreto papel secundario, siempre dependiente de los hechos o, dicho de otra manera, de las fuentes oficiales en las cuales había que encontrar esos hechos. Aunque esta concepción fue superada durante el siglo XX , cuando ya se aceptó que la historia es —como la definió Carr— «un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado» (2003: 105), la praxis metodológica del historiador profesional sigue estableciendo que, en un libro de historia que se pretenda riguroso y científico, el «yo» del historiador «está proscrito» y su personalidad debe situarse «entre paréntesis», como dice Prost.

Sin embargo, una cosa es que la historia pretenda ser objetiva y otra que, como ciencia humana que es, no tenga su parte de interpretación y su componente inevitablemente subjetivo. Como insistía Febvre, a la hora de elaborar el discurso histórico el papel del historiador es clave, pues «la ciencia no se hace en una torre de marfil; se hace en la vida misma y por gentes que trabajan en ese momento», lo cual no le resta nada de valor ni supone «un atentado contra la supuesta majestad de la ciencia» (1982: 33).

En pleno siglo XXI , ha escrito la historiadora española Elena Hernández Sandoica, se acepta que «la *realidad* que tratamos de conocer no es una *cosa dada»* y que en la escritura de la historia «participamos de modo muy activo los propios historiadores con nuestros textos y con nuestros gestos, con nuestros sentimientos y con nuestras palabras, con nuestra clase, la raza

y el género como factores inseparables de esa *realidad,* actuando constantemente sobre ella y contribuyendo a la fijación de los significados de todos y cada uno de nuestros discursos profesionales» (2004: 32). Igualmente, el historiador no tiene más remedio que elegir, lo cual supone, de forma inevitable, una participación activa por su parte y un condicionamiento del resultado de su trabajo. Empezando, decía Carr, por las propias palabras que emplea a la hora de elaborar su discurso, pues el uso de ese determinado lenguaje, y no de otro, «le veda la neutralidad» (2003: 100).

El debate sobre la función del historiador y la influencia de su subjetividad en la objetividad de la historia como ciencia no es, ni mucho menos, algo novedoso. En su ensayo «Reflexiones sobre la historia», incluido en el tomo IV de su obra *Teatro crítico universal* (1730), el monje benedictino e ilustrado español Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) ya dedicaba unas palabras al asunto que, pese a haber sido escritas hace casi trescientos años, siguen siendo útiles. En el centro del discurso feijoniano sobre la historia se situaba el irresoluble problema de la subjetividad del historiador. Su postura con respecto a este tema parte de una certeza expresa: la imposibilidad de ser totalmente neutral no exime al historiador de hacer todos los esfuerzos por intentarlo: por aproximarse lo más que se pueda a esa quimera que es la historia objetiva, la verdad absoluta.

La dificultad, insistía Feijoo, radica en el hecho de que son muchas las tentaciones que acechan al escritor pasional que abandona el terreno imparcial y se deja arrastrar por ellas. La más evidente es la contemporaneidad del historiador con su historia; esto es, que quien relata situaciones vividas en primera persona o hechos protagonizados por gente cercana, corre el riesgo lógico de no ser del todo ecuánime en sus juicios:

> Cuanto los historiadores están más cercanos a los sucesos, tanto más próxima tienen a los ojos la verdad para conocerla; pero en el mismo grado son sospechosos de que varios afectos los induzcan a ocultarla. El miedo, la esperanza, el amor, el odio, son cuatro vientos fuertes que no dejan parar en el punto de la verdad la pluma (2014: 43).

En las páginas que dedicó al tema, Carr insistió mucho en que ese respeto a los hechos que se le presupone al historiador no implica

únicamente la «obligación de verificar su exactitud», sino también el prurito profesional de intentar ser lo más honesto posible para, haciendo la inevitable selección, no dejar fuera del cuadro ningún dato que se considere relevante o necesario para entender la interpretación que el propio historiador propone. Ahora bien, que el historiador trate de ser riguroso «no significa que pueda eliminar la interpretación que es la sabia de la historia» (2003: 103). Según el británico, el buen historiador es aquel que mantiene el equilibro y es capaz de navegar «entre el Escila de una insostenible teoría de la historia como complicación objetiva de los hechos, de una injustificada teoría del hecho sobre la interpretación, y el Caribdis de otra teoría igualmente insostenible de la historia como producto subjetivo de la mente del historiador»; esto es, «entre una noción de la historia con centro de gravedad en el pasado, y otra con centro de gravedad en el presente» (2003: 104). Por otra parte, y aun aceptando que la interpretación siempre implica un determinado juicio de valor, la función del historiador no es la de ser un juez dispuesto a opinar sobre la moralidad de los sujetos a los que pretende rescatar del pasado. Una cosa es interpretar u opinar, y otra, muy distinta, juzgar.

En su clásico ensayo *Historia y verdad* (1955), Paul Ricoeur dejó claro que el hecho de que se espere de la historia «una cierta objetividad», no significa que pensemos «en la misma objetividad que la de la física o de la biología». En realidad, añadía el filósofo francés, lo que esperamos del historiador es su subjetividad, mas no «una subjetividad cualquiera, sino una subjetividad que sea precisamente adecuada a la objetividad que conviene a la historia. Se trata por tanto de una subjetividad *implicada,* implicada por la objetividad esperada» (1990: 24). La historia, decía Ricoeur, «está animada de una voluntad de *encuentro,* tanto como de una voluntad de *explicación»,* lo que significa que la historia no puede dejar de ser subjetiva porque la materia con la que trabaja es el sujeto histórico, al que el historiador únicamente puede entender desde su humanidad: desde esa condición de sujeto histórico que él mismo también ostenta.

La clave del discurso histórico está en que la objetividad con la que hemos pretendido dotar a nuestro oficio no es, en el fondo, sino un correlato de la subjetividad del historiador, que no es —o no debería ser— una subjetividad cualquiera, sino una subjetividad con un grado de sensibilidad y de empatía que no tiene, por ejemplo, la subjetividad del físico o del biólogo. Si la historia *«refleja* la subjetividad del historiador», el propio

oficio de historiador, dice Ricoeur, «*educa* la subjetividad del historiador». Por eso, la conclusión a la que él llegaba es que la objetividad, que, en principio, tiene que ver con la «intención científica de la historia», remite, en el fondo, a la distancia que hay entre «una buena y una mala subjetividad del historiador»; o lo que es lo mismo, la objetividad pasa de ser «lógica» a ser «ética» (1990: 32), en el sentido de que es cada historiador quien se debe responsabilizar de un uso correcto de su subjetividad, en el ejercicio de su praxis metodológica y de su labor investigadora.

Aquí es donde entra en juego la personalidad del historiador y su pasión al ejercer una profesión intelectual como es la investigación o la docencia. Como ha explicado Prost, la que el historiador establece con su objeto de estudio no es una relación fría o distante, porque afecta a la propia personalidad del historiador, quien «al examinar la vida y la muerte de los hombres del pasado trabaja también sobre su propia vida y su propia muerte» (2001: 106). Dicha implicación del profesional de la historia tiene su vertiente positiva, pero, también, su parte negativa, pues, a pesar de su esfuerzo por mantener a raya su subjetividad, sus gustos o preferencias se acaban transparentando, de alguna manera, en aquello que escribe.

Por todo esto, advertía Feijoo, conviene estar muy atentos cuando se lee un libro de historia porque, así como el historiador tiene la responsabilidad y el deber de aproximarse a la verdad con todos sus medios, la obligación del buen lector es conocer los antecedentes de quien escribe para saber de sus filias y fobias:

> Para enterarse de la verdad de los sucesos que refieren los autores, conduce mucho y es casi necesario saber los sucesos de los mismos autores, porque en ellos suelen hallarse motivos para darles o negarles la fe: a qué país debieron el origen, qué religión profesaron, qué facción siguieron, si estaban agradecidos o quejosos de alguno de los personajes que introducen en la historia, si eran dependientes o lo fueron los suyos, etc. (2014: 146).

Dicho en otras palabras, más recientes, pero igual de sabias, mantener esa actitud de vigilancia que aconsejaba Carr a sus estudiantes cuando iban a elegir al profesor:

> Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos. Al fin y al cabo, no es muy difícil. Es lo que ya hace el estudiante inteligente que, cuando se le recomienda que lea una obra del eminente catedrático Jones, busca a un alumno del tal Jones y le pregunta qué tal es y de qué pie cojea. Cuando se lee un libro de historia, hay que estar atento a las cojeras. Si no logran descubrir ninguna, o están ciegos, o el historiador no anda (2003: 98).

Según Marrou, ni el historiador es «un simple operario dedicado a transformar materia prima», como pensaban los positivistas, ni el método histórico es «una máquina herramienta, en la que se introduce el documento como en un embudo y de la que sale el fino tejido continuo del conocimiento» (1985: 37). Al contrario, el historiador es la pieza clave en todo el engranaje que hace posible que la historiografía avance, porque él es quien determina y condiciona todo el proceso: desde la selección de las fuentes, hasta la elaboración del discurso histórico, pasando por la aplicación seria y rigurosa de una metodología científica. El buen historiador, ha escrito con ironía Serna, es «un tipo fastidioso» porque, si hace bien su trabajo, «te hace rememorar lo que seguramente tú no has vivido; te hace tener presente lo que es remoto y aún duele […]. Como investigador y como docente ha de enseñarnos qué es la historia, la buena historia. Ha de contar cuál y cómo es su oficio» (2016: 110).

El historiador que ama su profesión no es aquel que la ejerce de forma fría y mecánica, sino aquel que se comporta —usando las célebres palabras de Bloch— como «un artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana». En este sentido, merece la pena recordar las palabras que el propio Bloch escribió en una especie de dietario de juventud que dejó inédito (lo editó y publicó su hijo en 1995), en el que decía lo siguiente sobre sí mismo: «Soy historiador por las mañanas y filósofo por las tardes» (1999: 13). Toda una declaración de intenciones en un historiador que, muchos años después, poco antes de morir fusilado por los nazis alemanes que ocuparon Francia, nos explicó en la introducción a su *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien* que, en su caso, la elección del oficio de historiador había sido la lógica consecuencia del descubrimiento de su vocación:

> Personalmente, hasta donde pueden llegar mis recuerdos, siempre me ha divertido mucho. En ello no creo diferenciarme de los demás historiadores que, si no es por esta, ¿por qué razón se han dedicado a la historia? Para el que no sea un tonto de marca mayor, todas las ciencias son interesantes. Pero cada sabio solo encuentra una cuyo cultivo le divierte. Descubrirla para consagrarse a ella es propiamente lo que se llama vocación (1982: 11).

En la emotiva conferencia inaugural del curso que pronunció en la Escuela Normal de París, en 1941, Lucien Febvre explicó a los estudiantes de Historia que, como profesor que había sido en esa institución, hubiese considerado pagada su deuda hacia ella «si pudiera recuperar o consolidar alguna vocación de historiador vacilante» o si pudiera trasladarles «el sentimiento de que se puede vivir siendo historiador» (1982: 42). Al igual que su amigo y colega Marc Bloch, Febvre insistía en su amor por el oficio y en su certeza de que, quien es historiador, lo es las veinticuatro horas del día, sin que eso signifique que deba pasar su vida encerrado en el aula. Al contrario, el historiador debía vivir primero e investigar después, para que sus vivencias formasen parte, también, de sus futuras investigaciones. Desterrar la imagen del historiador como un hombre sedentario, que vive en su torre de marfil o revolviendo legajos en un archivo polvoriento, y redescubrirla —aunque a primera vista no lo parezca— como una profesión dinámica, tal y como la ha definido el historiador estadounidense Nigel A. Raab, empleando una bonita metáfora: «El historiador no puede quitarse su chaqueta de lana y descubrir que debajo hay una armadura, a pesar de que, a menudo, la búsqueda del pasado requiera un poco de audacia» (2016: xv).

En definitiva, decía Febvre citando al gran historiador belga Henri Pirenne (1862-1935), el historiador ideal es, simplemente, «un hombre que ama la vida y que sabe mirarla». O, como lo describió Marrou, un hombre honesto que busca la verdad, siendo perfectamente conocedor de sus límites:

> Es el hombre que se ha vuelto consciente y camino con los ojos abiertos. Ya no se engaña; avanza, no como la bestia de labor con la cerviz inclinada sobre el surco, sino con la cabeza alta, contemplando el inmenso horizonte abierto a los cuatro vientos. Sabe que nada es simple, que no está dicha la última palabra, que infinitas

posibilidades aguardan y pueden o no realizarse. Elige y juzga, no se embriaga con la victoria, porque la sabe precaria, incierta, limitada, pero tampoco se acobarda con la derrota; cuando ya nada queda por hacer, no cede, soporta con hidalguía y conserva la esperanza» (1985: 196).

5
La escritura de la historia

En su ya citada *Historia y verdad,* Ricoeur hizo un esfuerzo por explicarnos que la tarea del historiador no es revivir el pasado «tal y como realmente sucedió», sino recomponer o reconstruir, de forma retrospectiva, una sucesión de hechos. Desde esta perspectiva, añadía, es evidente que la objetividad de la historia es una objetividad incompleta, debido a una serie de factores que condicionan el trabajo del historiador y que, de forma sintetizada, podríamos resumir en los siguientes (1990: 25-30):

a) Al seleccionar los hechos y las fuentes que pretende usar en su relato histórico, el historiador realiza un «juicio de importancia» que le permite eliminar lo accesorio y salvar únicamente aquello que resulta útil para que su narración refleje una coherencia y una continuidad.

b) El historiador usa y abusa de un esquema de causalidades que «sigue siendo a menudo ingenuo, precrítico», en el sentido de que se mueve entre el determinismo y la probabilidad. Practicamos un modo de explicarnos que no es el fruto de una reflexión previa sobre esa misma explicación.

c) El lenguaje del historiador es «necesariamente *equívoco»,* porque encierra el problema irresoluble de la distancia histórica. A pesar de nuestros esfuerzos por ser rigurosos en el empleo de un vocabulario lo más fiel posible, existe la barrera de «la alteridad original».

d) Por último, la objetividad histórica está limitada por el hecho, ya señalado, de que el historiador trabaja con sujetos históricos y él mismo es un sujeto histórico. Al no poder revivir lo que nuestros antepasados vivieron, lo único que nos queda es esa «evocación de los valores vitales de los hombres de antaño» que es el momento en que «la subjetividad del historiador toma un relieve impresionante».

La reflexión de Ricoeur sobre la objetividad incompleta del relato histórico me sirve para introducir uno de los grandes temas que afectan a la

disciplina histórica: el problema del cómo. ¿Cómo se escribe la historia? ¿Cómo han construido sus narraciones los grandes historiadores del pasado? ¿Qué herramientas y qué estilo emplearon? ¿Es la historia un relato o, por el contrario, es un discurso científico en el que no tienen cabida los recursos literarios? ¿Es más importante el contenido de una investigación o es igual de importante la forma?

En principio, parece haber un acuerdo en que, a diferencia de lo que propugnó el positivismo del siglo XIX , la historia no puede ser una simple acumulación de hechos, colocados uno detrás de otro, siguiendo una línea cronológica estricta. El historiador debe ir más allá y ser capaz de construir un relato o narración a partir de las fuentes o documentos de los que dispone. Y ahí, en esa intervención del historiador como narrador o autor del discurso, es, precisamente, donde entra en juego su capacidad interpretativa y, en definitiva, su subjetividad. No insistiré más en que la consideración de la historia como ciencia humana no está reñida con la aceptación de esa «objetividad incompleta» de la que habló Ricoeur, de la misma forma que la asunción de que el historiador es un intérprete de los testimonios no le autoriza a que esa interpretación sea parcial, arbitraria o interesada.

Los hechos, decía Carr, pertenecen más a la categoría de «materias primas» del historiador, que a la historia misma. Decir que los hechos «hablan por sí solos» es no decir la verdad; los hechos solo hablan «cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo» (2003: 85). Si decimos que la historia es un relato creado por el historiador es porque los hechos, como explicó el historiador estadounidense John Lukacs (1924-2019), tienen, como mínimo, cuatro limitaciones:

> Una: el significado de cada hecho existe porque de inmediato lo ponemos en relación y lo comparamos con otros hechos. Dos: para nosotros, el significado de cada hecho depende de cómo se enuncie, de los términos con los que se exprese. Tres: esos términos dependen del objetivo que se tenga. Existen enunciados en los que el «hecho» puede ser cierto, pero su significado, su tendencia o el objetivo con el que se enuncia sea falso. Cuatro: el «hecho» también tiene una historia. Hace cinco siglos o más, la palabra «hecho» (y también

> otros términos, como «objetivo» o «subjetivo») no quería decir lo mismo que ahora, ni tenía las mismas implicaciones (2011: 78).

El historiador, ha escrito Prost, no es un albañil que construye un muro de ladrillos, porque «ni los hechos ni las explicaciones le son dadas al historiador de forma aislada, separada, como átomos». La complejidad de armar un relato histórico convincente viene dada por el hecho de que, a diferencia de la industria, donde el obrero trabaja con piezas estandarizadas, el historiador, que es un artesano, «jamás concebirá una pieza independientemente del conjunto al que pertenece». Por eso, concluía el historiador francés, la historia nunca será una simple acumulación de hechos, porque «no procede desde las partes al todo». Al contrario, para comprender el planteamiento del historiador hay que partir de la base de que «es el todo el que gobierna las partes» (2001: 237-238), y no viceversa. El historiador trabaja con materiales muy distintos, a cuya naturaleza debe ser capaz de adaptarse para, con lo que tiene, construir un discurso que se sostenga en pie y que, a pesar de la heterogeneidad de las partes, se pueda leer como un todo coherente.

Desde este punto de vista, Veyne ya insistió en que la historia es una narración o un relato de acontecimientos que, al igual que la novela, «selecciona, simplifica, organiza, resume un siglo en una página». Y teniendo en cuenta que el historiador no puede revivir lo ya vivido por nuestros antepasados, resulta fundamental la perspectiva que este adopte a la hora de narrar, pues «Waterloo no fue lo mismo para un veterano que para un mariscal; que esa batalla puede contarse en primera o en tercera persona, que podemos considerarla como batalla, como victoria inglesa o como derrota francesa; que podemos insinuar desde el principio cuál será su final o bien aparentar que lo vamos descubriendo» (1984: 14). Si la historia nos interesa y nos genera curiosidad, admite Veyne, es porque «la historia es anecdótica», como la novela. Lo que sucede es que, a diferencia del novelista, el historiador «no es un coleccionista ni un esteta; no le interesan la belleza ni la singularidad. Solo le interesa la verdad» (1984: 19).

Por su parte, White ha tratado de explicarnos que la escritura de la historia no tiene como único fin el hecho de contar la verdad, sino que, además de eso, también debe ser capaz de producir significado. Más que una «filosofía de la historia», el propio White dijo haber invertido todo su esfuerzo en elaborar una «poética» del escrito histórico que parte de una

premisa: no es lo mismo un acontecimiento, que un hecho. Los acontecimientos históricos «ocurren y son atestiguados más o menos adecuadamente por los registros documentales y los rastros monumentales»; los hechos, en cambio, «son construidos conceptualmente en el pensamiento y/o figurativamente en la imaginación y tienen una existencia solo en el pensamiento, el lenguaje o el discurso» (2003: 53).

Aceptando este punto de partida, ha definido los relatos o las narrativas históricas como «ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las ciencias» (2003: 109). Aunque la teoría whiteana ha sido duramente criticada por historiadores que consideran un ataque a su disciplina el hecho de relacionarla con la literatura, el propio historiador estadounidense ha matizado que la antigua distinción entre ficción e historia, «en la que la ficción se concibe como la representación de lo imaginable y la historia como la representación de lo real, debe dejar lugar al reconocimiento de que solo podemos conocer lo *real* contrastándolo o asemejándolo a lo *imaginable»* (2003: 137).

En este sentido, el uso de tropos o figuras retóricas propias de la literatura de ficción por parte del historiador no sería, según White, ninguna deshonra para el oficio ni ningún reproche a su metodología; al contrario, los grandes relatos serían, a su modo de ver, los que son capaces de construir hechos históricos a partir de acontecimientos o de pruebas, valiéndose, para ello, de la necesaria imaginación del historiador y, por supuesto, de la del lector.

La necesidad de que el historiador sea también un escritor o un narrador, no es, ni mucho menos, un debate nuevo. Alguien como el escritor español José Martínez Ruiz, más conocido por el seudónimo de «Azorín» (1873-1962), que no fue historiador profesional, pero sí fue un gran amante de la historia y un buen conocedor de la disciplina, ya opinaba que aquello fundamental que distingue a los buenos historiadores de los malos es el método: la capacidad para hilvanar un discurso ordenado que, además de ser riguroso con la verdad de los documentos, sea atractivo y sugerente para el lector profano no especialista. Por eso, comparaba el trabajo del historiador con el de un nigromante o con el de un artista, porque debe ser capaz de formar un todo reconocible con esas partes (los documentos, las pruebas) de las que dispone. Según él, esas piezas que el historiador tiene que ordenar para completar su puzle son los «pequeños hechos» que cada

autor coloca en un sitio distinto, dando lugar con ello a múltiples formas de entender el pasado, de narrar la historia:

> Es falaz la crítica; es falaz la historia. La historia es arte de nigromántico. Toda historia *puede ser* de diferente manera de como *es* . Los *pequeños hechos* tienen eso: que se prestan a todo. Son como las diminutas piezas de los mosaicos: se puede formar con ellos mil combinaciones y figuras. En España, por ejemplo, podría demostrarse que la literatura del *siglo de oro* decayó por la Inquisición y que la Inquisición no tuvo nada que ver con la literatura… Los *pequeños hechos* por sí no dicen nada; el arte está en escogerlos, agruparlos, generalizarlos, agrandarlos, hacerles decir lo que el historiador quiere que digan. He aquí la nigromancia (2002: 208).

El historiador, concluía Azorín empleando un símil pictórico, es como un pintor al que le dan unos colores (en su caso, unos datos, documentos o hechos) para que él, que conoce las normas del oficio y posee, también, una dosis de imaginación, sea capaz de pintarnos el cuadro:

> […] la Historia se reduce a la persona del historiador. Según sea el historiador, así será la Historia. El don de colorear los hechos, de ponerlos en relieve, de seriarlos y cubicarlos será lo que dé valor a la historia. Como si el historiador tuviera ante sí un cuadro en blanco, habrá de ir poniendo en su verdadero lugar y con su verdadero significado cada episodio y cada pormenor. El arte suplirá muchas veces lo que no puede la ciencia» (2012: 125).

Según Michel de Certeau, que el historiador seleccione los hechos que le interesan demuestra que la historia es un relato artificial, en el sentido de que, en aras de hacerse comprender, el historiador divide y organiza su objeto de estudio, que es el pasado, haciendo «una selección entre lo que puede ser «comprendido» y lo que debe ser *olvidado* para obtener la representación de una inteligibilidad presente» (2006: 18). Por su parte, White ha insistido mucho en que no hay una manera unívoca de construir el discurso histórico porque, dependiendo de la trama que aplique el historiador, esto es, de la forma en que ordene y dé una forma literaria a la

sucesión cronológica de los hechos, el resultado puede dar lugar a «interpretaciones alternativas, mutuamente excluyentes y, aún más, igualmente plausibles, del conjunto» (2003: 129).

Sin embargo, tiene razón Collingwood al afirmar que una cosa es que la historia sea un relato y otra, muy distinta, que el historiador sea un escritor de relatos de ficción. La diferencia entre el novelista y el historiador es que, mientras que el primero solo tiene una misión, que es «construir una imagen coherente, que tenga sentido», el segundo tiene esa primera tarea y, además, tiene otra, impuesta por las reglas del método, que es «construir una imagen de las cosas, tales como ellas fueron, y de los acontecimientos, tales como ocurrieron» (1988: 238).

A diferencia del novelista, que también puede trabajar con sus propias fuentes, el historiador está obligado a citarlas y a incluir esas «marcas de historicidad» que no se le piden al escritor, pero sí se le exigen a él, porque —como ha explicado Pomian— son dichas marcas las que «refuerzan la confianza que se le otorga al autor, pues su presencia y su abundancia demuestran que está dispuesto a someter sus afirmaciones a la crítica de los expertos, cuyo silencio se percibe entonces necesariamente como una aprobación» (2007: 1999). Esto también sucede así por una cuestión fundamental: la historia trabaja con conceptos abstractos y con generalizaciones que, a menudo, solo se entienden si se conoce el contexto en el que operan.

El historiador tiene un problema con el vocabulario histórico que le sitúa ante una continua disyuntiva: o emplea palabras que sean de uso corriente hoy en día, con el objeto de resultar inteligible para el lector actual, aunque eso le haga caer en el anacronismo (el «pecado mayor» del historiador, según Febvre); o, por el contrario, opta por palabras y conceptos que se usaban en la época o el contexto que trata de recrear, aun a riesgo de que sus lectores no tengan su misma competencia y, por tanto, se pierdan los matices que aporta ese vocabulario. Como ha escrito Serna, el historiador debe tener un método y aplicarlo con rigor, pero debe intentar, a la vez, que ese método no perjudique al relato, porque la disciplina histórica es, sobre todo, comunicación, y la transmisión de cada dato «ha de hacerse de manera verosímil. Hay que cultivar el arte de la retórica, que no es mera seducción verbal» (2016: 109).

En su monografía *El contenido de la forma* (1987), White argumentó que aquello que convierte en histórico a un relato es el hecho de que los

acontecimientos pueden ser ordenados de otra forma distinta a como lo ha hecho el historiador:

> Si no pueden imaginarse al menos dos versiones del mismo grupo de hechos, no hay razón para que el historiador reclame para sí la autoridad de ofrecer el verdadero relato de lo que sucedió realmente. La autoridad de la narrativa histórica es la autoridad de la propia realidad; el relato histórico dota a esta realidad de una forma y por tanto la hace deseable en virtud de la imposición sobre sus procesos de la coherencia formal que solo poseen las historias (1999: 34-35).

Si el discurso histórico nos resulta tan atractivo, decía el historiador estadounidense, es porque ordena y da coherencia a un conjunto de hechos que, en principio, no tienen ni una cosa, ni la otra. Además, añadía, toda narración histórica se diferencia de otros géneros (los anales, las crónicas) en el hecho de que el historiador crea un relato coherente que tiene, también, una función moralizante; narrar, decía White, es también moralizar.

Con su habitual perspicacia, Prost ya señaló que el principal problema que tiene el historiador surge cuando escribe no para otros historiadores, en cuyo caso se supone que el lector posee, más o menos, la misma cultura que el autor, sino cuando escribe para estudiantes o, en general, para lectores no especialistas. El primer tipo de público exige un esfuerzo que es relativamente fácil, aunque el resultado sea, a menudo, el de «textos apagados y aburridos, como ocurre con algunas tesis muy poco trabajadas en este sentido» (2001: 276); en el otro caso, el historiador debe implicarse más en la escritura y dedicar tiempo al objetivo final, que no es otro que hacerse entender por todos sus lectores.

También Lukacs ha insistido en que, en contra de lo que, a menudo, sucede dentro del gremio, el historiador no debería escribir únicamente para sus colegas, sino que la historia «debería escribirse (y así se hace) y debería enseñarse y contarse y pensarse para cualquiera que sepa leer» (2011: 156). Según Feijoo, el secreto de los grandes historiadores radica en haber sabido encontrar un estilo literario propio, natural e inteligible, cosa que parece fácil y, sin embargo, es, sin duda, lo más difícil:

> Empezando por el estilo, que parece lo más fácil, ¡oh qué arduo es tomar aquel medio preciso que se necesita para la historia! Ni ha de ser vulgar, ni poético. Aun si el escritor quiere contentarse solamente con huir de estos dos extremos, sin mucha dificultad lo logrará, especialmente si es de aquellos (como hay muchos), que están hechos a un mediano estilo, que ni se roza con la plebe, ni con las musas; igualmente distante del graznido de los cuervos, que del canto de los cisnes (2014: 33).

Haciendo una recomendación muy similar a la ofrecida por Bloch cuando aconsejaba a los historiadores sobre el peligro de «quitar a nuestra ciencia su parte de poesía» (1982: 11), Feijoo ya advertía al potencial historiador que, junto al peligro de que la pluma «tuerza el vuelo hacia la del Parnaso», está el de que se pierda «hacia la cumbre del Olimpo», confundiendo la necesaria objetividad en los datos con la aburrida frialdad en el relato. Por eso, y puestos a elegir, concluía que, indudablemente, la historia siempre será más leída cuanto mejor escrita esté:

> Hágome cargo de que el primor del estilo no es de esencia de la historia, pero es un accidente que la adorna mucho y que la hace más útil. Léenla muchos, hallándola este sainete, que no la leyeran sin él. Las especies también se imprimen mejor, porque abraza bien la memoria lo que se lee con deleite, como el estómago lo que se come con apetito (2014: 38).

No basta con tener buenas fuentes y aplicar rigurosamente una metodología: el investigador también debe ser capaz de transmitir su conocimiento y, para ello, es necesario articular un relato que convenza al lector, pero, igualmente, que le seduzca y le atraiga. Si durante el siglo XIX se pensó que el papel del historiador debía limitarse a poner los hechos uno detrás del otro, privilegiando los documentos y reduciendo al mínimo su capacidad y su libertad de interpretación, hoy, por el contrario, se acepta que el buen historiador debe ser, también, un buen escritor. Como ha resumido el filósofo francés Jacques Rancière, «el problema no es saber si el historiador debe o no hacer literatura sino cuál hace» (1993: 123).

6
La historiografía

Según Hernández Sandoica, el objetivo de la disciplina —o subdisciplina — a la que llamamos historia de la historiografía es «la reflexión y el análisis sobre la *escritura* de la historia y las estrategias retóricas y cognitivas seguidas por sus *autores,* en suma la realización de la *obra histórica»* (2004: 10-11). Dicho de otro modo: el estudio de las distintas maneras que los historiadores han empleado a la hora de escribir la historia, encuadradas dentro de tendencias o corrientes historiográficas que nos resultan útiles para clasificar y ordenar la casuística existente. Desde este punto de vista, se trata de una subdisciplina compleja y densa, por el gran volumen de nombres, conceptos, títulos y fechas con las que resulta obligatorio trabajar, aunque, como ha explicado la propia Hernández Sandoica, el conocimiento de la historiografía no puede —ni debe— suplir la lectura de la propia obra de los historiadores, pues «en ese trato cercano, sin otra mediación ni refracción que la que se derive del encuentro, hallará el lector su recompensa» (2004: 35).

Teniendo en cuenta que en la bibliografía en español ya existen trabajos sobre historiografía y que lo que aquí se pretende ofrecer es una síntesis muy esquemática, con las ideas mínimas e imprescindibles sobre un tema inabarcable que excede los límites de mi propósito, apuntaré únicamente los grandes cambios que se han producido en la historiografía europea u occidental, prestando especial atención a lo que ha sucedido a partir del siglo XX . En este sentido, lo primero que conviene señalar, como ha hecho el historiador español Juan Sisinio Pérez Garzón, es que la historia que se ha escrito en Occidente ha acusado, de forma general, cuatro factores que han condicionado no solo su metodología, sino también sus posibles logros. Dichos condicionantes, a los que Pérez Garzón califica de «etnocentrismos» definidores de la modernidad, serían los siguientes (2010: 52):

— Un eurocentrismo de tipo cultural, en el que Europa siempre es el centro del relato.

— Un enfoque político muy centrado en el papel del Estado-nación.
— Una visión social que «responde a los valores propios de la clase media», por los cuales el pasado siempre se interpreta en clave de orden, jerarquía y pragmatismo.
— Un androcentrismo que privilegia el protagonismo del hombre y margina el papel de la mujer.

Por encima de la gran cantidad de cambios que ha afectado al desarrollo de la historiografía desde que Heródoto escribiese sus *Historias* hasta nuestros días, se detectan una serie de tendencias que nos permiten hablar de una «vieja» y una «nueva» historia, surgida esta última a partir del siglo XX y, sobre todo, de la revolución que supusieron el marxismo y la Escuela de los *Annales* . Burke ha resumido en seis puntos esa evolución que ha significado la sustitución de una forma de escribir la historia por un nuevo paradigma, dentro del cual, obviamente, existen multitud de variantes. Según el historiador británico, el paso de la vieja a la nueva historia se podría sintetizar así (1996: 14-19):

— Tradicionalmente, el objeto esencial de la historia había sido la política. También la historia militar y la historia de la Iglesia, como institución. La aparición de *Annales* y su concepto de «historia total» sustituyó ese viejo paradigma por uno nuevo en el que la historia «ha acabado interesándose por casi cualquier actividad humana», con preferencia por lo social y lo cultural.
— Tradicionalmente, la historia fue una *histoire événementielle;* esto es, una narración cronológica de anécdotas y acontecimientos. La publicación de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), del historiador francés Fernand Braudel (1902-1985), supuso un giro radical, al plantear la necesidad de una *longue durée* para estudiar los cambios económicos y sociales mediante ciclos cronológicos de medio o largo plazo.
— Tradicionalmente, la historia se había hecho «desde arriba», centrándose en las hazañas de los grandes hombres, generalmente reyes, estadistas, militares o eclesiásticos. A partir del siglo XX , los historiadores se interesaron por hacer una «historia desde abajo», más preocupada por las clases populares o subalternas de la sociedad.

— Tradicionalmente, se pensaba que la historia solo podía hacerse con documentos oficiales conservados en los archivos, siguiendo la propuesta de abandonar las fuentes narrativas impulsada por Ranke. Hoy esta visión está superada y se acepta que, si el historiador se interesa por una gran variedad de temas, debe acudir a una gran variedad de fuentes.
— Tradicionalmente, el modelo de explicación histórica partía de una premisa: el historiador debía conocer la voluntad que ha movido a los sujetos históricos a los que estudiaba. Con el paso del tiempo, se vio que esta metodología no era operativa, pues el historiador se interesaba «tanto por movimientos colectivos como por acciones individuales, tanto por tendencias como por acontecimientos».
— Tradicionalmente, la historia era concebida como una ciencia que podía brindarnos un conocimiento objetivo del pasado. En la actualidad se acepta que eso es imposible y que la famosa fórmula rankeana es más una quimera que otra cosa. El historiador debe buscar la neutralidad, a partir, siempre, de su subjetividad.

Como ha explicado Moradiellos (2016: 66-101), a quien seguiré en la elaboración de esta síntesis cronológica, el origen remoto de la historiografía se remonta a la Antigüedad. Concretamente, al IV milenio a.C., que es cuando surgieron las civilizaciones de Mesopotamia y Egipto. Es allí donde nació la escritura y, con ella, la historia, gracias a los primeros registros de mitos o listas de reyes que se fijaban en soportes como la piedra o el papiro. Ya en el siglo VI a.C. apareció en Israel una obra de literatura histórica —la «narrativa de la sucesión», sobre la rebelión de Absalón contra su padre, el rey David— en la que, por primera vez, se nos presentaban sucesos seculares, sin intervención de la divinidad.

En paralelo a esta historia, luego incorporada a la Biblia, también en los siglos VI y V a.C. floreció la Grecia clásica y, con ella, la primera historiografía, dentro de la cual conviene distinguir a los llamados «logógrafos» (escritores del Asia Menor griega, como Hecateo de Mileto, que escriben relatos prescindiendo de los mitos y leyendas), de los primeros historiadores propiamente dichos, que serían Heródoto de Halicarnaso y el ateniense Tucídides, ambos del siglo V a.C. Las *Historias* de Heródoto, sobre las guerras médicas, y la *Historia de la Guerra del Peloponeso,* de Tucídides, fueron las primeras obras en las que se detectaba una voluntad

de buscar la verdad a través del uso de todo tipo de pruebas y testimonios. Sin embargo, y como dice Moradiellos, este deseo de lograr una narración histórica racional, alejada de la mitología, no significa que no se tratara de un relato «más verosímil que verdadero», pues tanto uno como el otro se apoyaban en fuentes orales cuya fiabilidad resulta imposible de contrastar.

Varios siglos después, esta tradición que venía de la Grecia clásica, y que cumplió una función ejemplarizante, como fuente de instrucción cívica y moral para los gobernantes, o como entretenimiento intelectual para los oyentes cultos que la escuchaban, enlazó con la historiografía romana, representada por nombres como Polibio (siglo II a.C.), autor de unas *Historias* sobre la expansión del Imperio romano, o Plutarco (siglos I-II), autor de unas *Vidas paralelas* que forman parte del canon de la historia biográfica. No obstante, los cuatro grandes historiadores de Roma y auténticos continuadores de la tradición historiográfica griega fueron Julio César (siglo I a.C.), autor de *La Guerra de las Galias* y *La guerra civil;* Salustio (siglo I a.C.), autor de *La conjuración de Catilina* y *La Guerra de Yugurta;* Tito Livio (siglo I a.C y I d.C), famoso por su obra *Historia de Roma desde su fundación;* y Tácito (siglos I y II d.C.), que reconstruye la vida de los primeros emperadores romanos en sus obras *Anales* e *Historias* .

La disgregación del Imperio romano y la consolidación del cristianismo como religión oficial, en el siglo IV , conllevó la sustitución de la historiografía grecorromana por una historiografía dominada por la Iglesia cristiana y practicada, sobre todo, por monjes y clérigos. Dicho modelo de historia teocrática, en el que el relato racionalista y las pruebas fueron sustituidas por la providencia divina y la Biblia, tiene como máximo exponente a Eusebio de Cesárea (siglos III-IV), autor de una famosa *Crónica* que abarca toda la historia universal, desde Mesopotamia y Egipto, hasta el triunfo del cristianismo. Durante toda la Edad Media, este tipo de crónicas convivió con la aparición de las primeras historias —también providencialistas y escritas por obispos o monjes— de los reinos cristianos medievales, entre las que destacan la *Historia de los francos,* de Gregorio de Tours (siglo VI); la *Historia de la Iglesia y el pueblo de Inglaterra,* de Beda el Venerable (siglos VII-VIII), o la *Historia de los godos, vándalos y suevos,* de Isidoro de Sevilla (siglos VI-VII).

Hubo que esperar hasta el siglo XV para que, en el contexto del Renacimiento italiano y de la aparición del humanismo, se produjera por primera vez en Europa un nuevo cambio en el modelo historiográfico, que

no fue más que un intento de recuperar y actualizar la tradición de la historiografía clásica, incorporando, eso sí, un elemento de crítica histórica que antes no existía. Los primeros en practicar esta nueva historia, que fue sobre todo política, diplomática y militar, fueron historiadores florentinos como Leonardo Bruni (siglos XIV-XV), Francesco Guicciardini (siglos XV-XVI) o Nicolás Maquiavelo (siglos XV-XVI). Los tres escribieron un tipo de historia que, sin pretender ser moralizante, como era la romana, sí tenía como finalidad servir de modelo o enseñanza para los políticos y estadistas. El deseo de someter los documentos históricos a una crítica textual hizo que, ya en el siglo XV , el humanista italiano Lorenzo Valla (1407-1457), que trabajaba para el rey de Nápoles (enemigo político del papado), descubriese la falsedad de la *Donación de Constantino:* un documento según el cual el emperador Constantino había cedido al papa la autoridad sobre Roma y sobre el resto del Imperio romano de Occidente. Aplicando criterios filológicos, Valla demostró que se trataba de una falsificación fabricada *a posteriori,* lo cual suponía que, por primera vez, la crítica aplicada a un documento conseguía probar su invalidez como testimonio.

Sin embargo, hubo que esperar casi dos siglos para que el monje benedictino Jean Mabillon (1632-1707) publicara *De Re Diplomática* (1681), obra monumental en la que establecía las bases filológicas y de tipo formal para determinar la veracidad y autenticidad de los documentos históricos más usados en la época (los «diplomas»). Fue entonces cuando nació el llamado «método histórico crítico» o crítica documental que, con el tiempo, se convertiría en la herramienta fundamental de la metodología histórica.

En el siglo XVIII , la Ilustración fue el contexto ideal en el que, como dice Moradiellos, se unieron dos tradiciones historiográficas: la literaria, que venía de Grecia y Roma; y la erudita, que se había consolidado con la aportación de Mabillon. La idea de «providencia divina» con la que habían trabajado los historiadores cristianos medievales fue definitivamente sustituida por los valores de razón y progreso que trajo la revolución científica y que divulgaron los filósofos ilustrados (Kant, Leibniz, Voltaire, Rousseau). De la aplicación de estos principios surgió un relato histórico racionalista, apoyado en la crítica documental de las fuentes, que está en el origen de esa historia que, ya en el siglo XIX , se consolidó como disciplina científica.

Dicha consolidación se produjo en Alemania, donde el historiador alemán Georg Niebuhr (1776-1831) publicó una *Historia Romana* (1811-1812) en la que, por primera vez, la versión de los autores clásicos era sustituida por un discurso historiográfico basado en documentos (fuentes literarias, pero también epigráficas y arqueológicas) a los que Niebuhr había aplicado con rigor el «método histórico crítico». El continuador y ampliador de este trabajo fue el también historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886), autor de una extensa obra sobre historia política y diplomática de la Europa moderna. Ranke usó y propugnó una metodología positivista, basada en el trabajo con documentos de archivo originales, debidamente autentificados y cotejados. Según él, la función del historiador era establecer los «hechos» y contar la historia «tal y como realmente sucedió», dejando a un lado su subjetividad y limitando su capacidad de interpretación. Esta visión empirista del método historiográfico está en la base del «historicismo»: una filosofía de la historia según la cual los hechos históricos no pueden comprenderse mediante categorías universales, porque cada hecho es único e irrepetible, por lo que solo puede ser entendido en su contexto particular. Ejemplo de este tipo de historia rankeana es, también, la *Historia de Roma* (1854) del historiador alemán Theodor Mommsen (1817-1903).

El desarrollo de la ciencia histórica llevó aparejado, ya en el siglo XIX , un proceso de institucionalización y profesionalización de los estudios históricos que supuso, por primera vez, la consolidación de la historia en las universidades, creación de archivos y, en definitiva, la aparición de un gremio profesional de historiadores que, hasta el momento, no había existido. Surgieron, con ello, las primeras revistas especializadas, escritas por y para historiadores, así como los primeros manuales docentes sobre metodología histórica.

El más destacado de ellos fue, sin duda, la *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos, «perfecto manual del erudito positivista», según Marrou, en el que sus autores defendían que la historia era un conjunto de «hechos» que se desprendían de los documentos y que existía previamente a la intervención del historiador. Según Langlois y Seignobos, la función del historiador era aplicar el método crítico a cada documento para convertirlo en testimonio y, a partir de estos, construir un discurso histórico en el que su voz debía permanecer en silencio. Carr, que criticó con dureza la metodología positivista por haber contribuido a este

«culto de los hechos», señaló que el gran error de la historia erudita y positivista había sido perpetuar su fe «en esa incansable e interminable acumulación de hechos rigurosos vistos como fundamento de la historia, la convicción de que los datos hablan por sí solos y de que nunca se tienen demasiados datos» (2003: 90). Un fetichismo de los hechos y de los documentos que tenía como resultado una historia con apariencia de prefabricada a la que Collingwood llamó «historia hecha con tijeras y pegamento» *(scissors and paste history),* en alusión a esa capacidad para acumular datos e irlos cortando y pegando hasta fabricar un relato histórico.

En paralelo a la expansión del historicismo y del método de la crítica documental positivista, la aparición del nacionalismo en la Europa del siglo XIX , dentro del contexto general del Romanticismo, dio lugar al surgimiento de distintas escuelas nacionales de historia. Autores como el poeta e historiador británico Thomas Babington Macalauy (1800-1859), con su *Historia de Inglaterra desde la entronización de Jacobo II* (1849), o el historiador francés Jules Michelet (1798-1874), con su *Historia de la Revolución Francesa* (1847-1853), representan un tipo de discurso historiográfico alejado de esa objetividad demandada por Ranke, en el que la subjetividad del historiador y su capacidad interpretativa adquieren un mayor protagonismo. Sin prescindir de la investigación archivística, ambos proponían un tipo de historia más social y cultural que la que se había practicado en Alemania, en la que el esfuerzo del autor a la hora de construir un relato fuese tan importante como el contenido. El desarrollo de estas historiografías nacionales tuvo como una de sus consecuencias el rescate de los mitos de cada nación y la celebración de actos conmemorativos, sobre todo por parte de la pujante burguesía europea, inmersa en pleno proceso de construcción de la identidad nacional en cada país.

Aunque fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando, en el contexto de la industrialización europea, emergió la figura del filósofo alemán Karl Marx (1818-1883) y de su concepción materialista de la historia, elaborada en colaboración con el también filósofo alemán Friedrich Engels (1820-1895), lo cierto es que el marxismo y su forma de entender la historia como una dialéctica o lucha de clases sociales no influyó decisivamente en la historiografía europea hasta la segunda mitad del siglo XX . Fue a partir de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, del triunfo de la Revolución rusa en 1917, cuando el materialismo histórico y su explicación de lo que había

supuesto para Europa la implantación de la sociedad burguesa y capitalista (con el surgimiento del proletariado como nueva clase social y nuevo sujeto histórico), se convirtió en una influencia fundamental para los historiadores, lo que se tradujo en la consolidación como disciplinas tanto de la historia económica como de la historia social.

La mayor revolución historiográfica de la primera mitad del siglo XX fue la que protagonizó la Escuela de los *Annales* , o grupo de historiadores franceses aglutinados alrededor de la revista *Annales d'histoire économique et sociale,* fundada en 1929 por los historiadores franceses Lucien Febvre y Marc Bloch. Desde su aparición, *Annales* abogó por superar el enfoque tradicional de la historia, centrado en lo político, lo diplomático y lo militar, en favor de una ampliación del campo de estudio y de una metodología interdisciplinaria que incorporara conceptos y herramientas de otros saberes como la geografía, la sociología, la antropología, la demografía, la lingüística o la arqueología. El objetivo era que la idea de documento, que Ranke había limitado a las fuentes de archivo oficiales, fuese ampliado a cualquier tipo de material que el historiador encontrara de utilidad a la hora de desempeñar su profesión. Los primeros grandes ejemplos de esta historia interdisciplinaria propuesta por *Annales* fueron obras como *Los caracteres originarios de la historia rural francesa* (1931), de Bloch, o *El problema de la incredulidad en el siglo XVI* (1942), de Febvre.

Sin embargo, y como ha señalado Moradiellos, el triunfo real de la escuela historiográfica de *Annales* tiene lugar tras la Segunda Guerra Mundial, cuando su metodología se impone en Francia y es exportada al resto de Europa y a América Latina. Esta expansión coincide con el período en que, después de la muerte de Febvre, el director de la revista pasó a ser Fernand Braudel, creador del «modelo ecológico-demográfico» y autor de una obra clave en la historiografía del siglo XX como es *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), donde puso en práctica su teoría de la *longue durée* o larga duración para el estudio de las grandes estructuras de la historia que no podían ser entendidas aplicando la cronología tradicional del tiempo corto o la media duración. La evolución de la historia de largo aliento braudeliana tuvo como consecuencia la aparición de dos metodologías que demostraron la insuficiencia del modelo y la necesidad de actualizarlo: la «historia serial», basada en la acumulación de datos estadísticos que permitieran el establecimiento de series

cuantificables; y una primera «historia de las mentalidades», entendiendo por esta la historia de las ideologías.

Mientras se asistía al triunfo y consolidación de *Annales,* se produjo en Gran Bretaña una expansión de la metodología marxista que tomó carta de naturaleza en 1952, con la fundación de la revista *Past and Present,* por parte de un grupo de investigadores marxistas entre los que destacan el arqueólogo australiano Vere Gordon Childe (1892-1957), el economista británico Maurice Dobb (1900-1976) o los historiadores británicos Rodney Hilton (1916-2002), Christopher Hill (1912-2003) o Eric J. Hobsbawm (1917-2012), a los que se unieron historiadores de otras tradiciones como el británico Geoffrey Barraclough (1908-1984). La revista fue el motor de la renovación de la historiografía británica, sobre todo desde el ámbito de la historia social y la historia cultural. La obra que mejor ejemplifica el auge de este nuevo marxismo culturalista que, sin renunciar a las bases teóricas del marxismo, trataba de incorporar a la explicación de la lucha de clases el contexto cultural y la propia experiencia de los grupos sociales estudiados fue *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra* (1963), del historiador británico Edward P. Thompson (1924-1993).

También después de la Segunda Guerra Mundial surgió en Estados Unidos una tercera gran corriente historiográfica: la cliometría o Nueva Historia Económica. Una práctica que, más allá del objeto de estudio abordado, normalmente la historia económica, se definía por el empleo de una metodología que, como su propio nombre indica, partía de la aplicación de un método cuantitativo, basado en la recogida de datos y en su posterior tratamiento informático con el objetivo de elaborar estadísticas usadas, a menudo, para la elaboración de hipótesis contrafactuales. Según Moradiellos, la fecha fundacional de la historia cliométrica sería el 1958, cuando los economistas estadounidenses Alfred H. Conrad (1924-1970) y John R. Meyer (1927-2000) publicaron su pionero estudio *La economía esclavista en el sur prebélico,* donde usaban fuentes estadísticas para afirmar que, antes del inicio de la Guerra de Secesión, la esclavitud seguía siendo rentable, pero su mantenimiento exigía una expansión hacia el sudoeste de los Estados Unidos. Otros trabajos conocidos que aplicaron el modelo cliométrico fueron *Los ferrocarriles y el crecimiento económico american* o (1964), del historiador de la economía estadounidense Robert W. Fogel (1926-2013), o *Tiempo en la cruz: la economía de la esclavitud*

negra americana (1974), del economista estadounidense Stanley L. Engerman.

Desde Estados Unidos, la cliometría se expandió a Europa y tuvo una especial incidencia en Francia, donde derivó en un modelo, el de la «historia serial», cultivado, sobre todo, por historiadores de la tercera generación de la Escuela de los *Annales* como los franceses Emmanuel Le Roy Ladurie, François Furet (1927-1997) o Pierre Chaunu (1923-2009), quienes practicaron una historia que intentó construir el discurso a partir de unidades temporales que pudiesen ser serializadas. Pese al éxito alcanzado en su momento, las limitaciones y carencias de esta historia cliométrica fueron puestas en evidencia por el historiador británico Lawrence Stone (1919-1999), que ya había criticado el modelo braudeliano de larga duración, y que advirtió también sobre el peligro de aplicar la cuantificación de forma indiscriminada a un objeto de estudio tan complejo como son los individuos y las sociedades.

A partir de los años ochenta, los tres grandes paradigmas —marxismo, *Annales* e historia cliométrica— que habían dominado la historiografía europea y estadounidense desde la década de los cuarenta entraron en crisis. En el caso concreto de *Annales,* su constante apertura a la incorporación de conceptos, métodos y fuentes de otras disciplinas se pagó, según el historiador francés François Dosse, «con el alto precio de la descomposición de la unidad temporal propia del historiador y con la disolución de la historia en otras disciplinas» (1989: 199). Fue lo que el propio Dosse llamó la «historia en migajas», o proceso de disgregación del paradigma *annalista* que dio como resultado la aparición de la *Nouvelle Histoire* .

Esta Nueva Historia, decían los historiadores franceses Jacques Le Goff (1924-2014) y Pierre Nora en su presentación a la obra colectiva *Hacer la historia* , publicada en 1974 como base teórica de esta nueva corriente historiográfica, partía de una premisa: «La historia se afirma como nueva anexionándose nuevos objetos, nuevos temas, que escapaban hasta el presente a su alcance y estaban fuera de su territorio» (1978: 10). La «bulimia» de la historia —señalaban Le Goff y Nora— hacía necesaria la superación del viejo paradigma de *Annales* y la acuñación de un término que englobara esas nuevas formas de hacer historia practicadas por los historiadores. El triunfo del posmodernismo y su impugnación del gran relato de la modernidad como un discurso unívoco, basado en la razón y el

conocimiento científico como formas de alcanzar la verdad, también influyó en la aparición de tendencias historiográficas ligadas a nuevos temas, sujetos y enfoques que, hasta entonces, habían sido marginados de la «historia oficial».

Como era de esperar, la aparición de formas de hacer historia, como la historia de las mujeres de Joan W. Scott o Natalie Zemon Davis, la microhistoria de Carlo Ginzburg o Giovanni Levi, la historia oral de Paul Thompson o Ronald Fraser (1930-2012), la historia poscolonial de los subalternos de Ranajit Guha, Dipesh Chakrabarty o Gayatri Spivak, la historia del libro y de la lectura de Robert Darnton o Roger Chartier y, en fin, de todas las corrientes surgidas en las décadas de los ochenta y los noventa, tuvo sus defensores, pero, también, sus detractores. Aun así, el ya citado Schorske señalaba en 1988 que, a pesar de las críticas que se le pudieran hacer a este proceso de multiplicación de la historia, resultaba un cambio necesario, ante la incapacidad de una disciplina que ya daba síntomas de agotamiento y la necesidad de renovar el diálogo con otros saberes:

> Sostengo que la historia ha incorporado a su propio cuerpo la automatización de las disciplinas académicas. Por consiguiente, la historia está haciendo proliferar una variedad de subculturas. Su tradición universalista, agotada en gran medida, no puede crear un esquema macroscópico de grandes periodos. En su lugar, aborda una materia vastamente expandida de forma microscópica. En consecuencia, ha aumentado exponencialmente la necesidad de distintas disciplinas extrahistóricas, de nuevas alianzas (2001: 373).

Quizás el mayor debate en torno a esos subgéneros historiográficos surgidos en las décadas finales del siglo o ya en los primeros años del siglo XXI (pensemos en la llamada «historia de las emociones» o en la «historia global», por poner dos ejemplos), es el que tiene que ver con el sujeto y, más concretamente, con el grado de representatividad que pueda tener un individuo frente a una colectividad. Ya en 1950, Fernand Braudel advertía que el paso de la historia tradicional, centrada en los grandes personajes, a la historia de las masas subalternas, no nos podía hacer olvidar la importancia que tiene el individuo como sujeto histórico. Todos somos conscientes, decía el historiador francés, del peligro que entraña «olvidar,

en beneficio de la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre bregando con su propia vida, con su propio destino, olvidar, negar quizá, lo que en cada individuo hay de irremplazable» (1968: 42). Una cosa era aceptar que la historia clásica había atribuido un papel excesivo a las grandes personalidades, como motores únicos de la historia, y otra muy distinta era negar «la grandeza del individuo considerado como tal».

Aunque la discusión sigue viva, una de las posibles claves está, como señaló en su día Febvre (a quien, no por casualidad, Braudel ponía como ejemplo de historiador que supo combinar como nadie en sus obras lo individual con lo social), en tener siempre presente que la historia es la «ciencia del hombre» y que nuestra tarea como historiadores, al margen del enfoque que demos a nuestras investigaciones o de la metodología y las fuentes que empleemos, es «volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos» (1982: 29).

7
Historia y memoria

Como ha explicado Enzo Traverso, historia y memoria «nacen de una misma preocupación y comparten un mismo objeto: la elaboración del pasado» (2007: 21). Sin embargo, existe una jerarquía y una diferencia entre ellas, porque, aunque nazca de la memoria, la historia es una «ciencia» (entre muchas comillas, dice el historiador italiano) que se somete a reglas y que, finalmente, convierte a la memoria en uno de sus objetos de estudio. La memoria —tanto la individual como la colectiva— está condicionada por el presente y es siempre «profundamente subjetiva, selectiva, a veces irrespetuosa con la cronología, indiferente a las reconstrucciones de conjunto y a las racionalizaciones globales» (2007: 23-24). Frente a esto, la historia pretende ser objetiva, neutral y universal.

Esta diferencia, ha insistido Traverso, tiene mucho que ver con las fuentes con las que trabajan una y otra, pues, mientras que la memoria es cualitativa y «no tiene necesidad de pruebas para quien la porta», porque se nutre de los hechos que hemos presenciado como testigos o actores, y de las impresiones que esos hechos nos han dejado, la historia sí necesita de fuentes, hasta el punto de que el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) habló de «pueblos sin historia» para referirse a aquellas sociedades o pueblos sin Estado que, al no tener archivos con fuentes escritas, no tenían ni historia, ni memoria. La disociación entre memoria e historia se habría producido, según Traverso, en el contexto de las últimas décadas, cuando el movimiento de descolonización puso en cuestión la tradicional visión eurocéntrica de la historia y cuando las «clases subalternas» emergieron del olvido como nuevos sujetos históricos. Fue entonces cuando la historia se democratizó (dejó de centrarse únicamente en Occidente y en sus clases dominantes) y la memoria se emancipó de su dependencia exclusiva del texto, a pesar de que los historiadores sigan privilegiando los archivos oficiales y la voz de los subalternos sea todavía difícil de escuchar.

Por su parte, el historiador español Eduardo González Calleja ha señalado que la principal diferencia entre memoria e historia es que la primera es «una mirada interna, centrada en la construcción de sentido del presente», y la historia es «una mirada externa al pasado, preocupada por la reconstrucción de los hechos». Si la memoria «conserva» y trabaja con testimonios, la historia «descubre» y lo hace con documentos y archivos; la memoria, en definitiva, «da cuenta del pasado», mientras que la historia «lo explica» (2013: 99). Si el conocimiento histórico se distingue por su resistencia, la memoria vive de recuerdos que desaparecen con la muerte de sus poseedores; si la historia es «el saber científico de hechos pasados» (un saber que pretende ser objetivo y universal), la memoria, en cambio, «es la percepción de estos hechos por los contemporáneos y sus descendientes» (2013: 111).

Dentro del ámbito de la memoria, también conviene distinguir, como ha hecho Baldó, entre diferentes tipos de memoria. Está la memoria individual, que «se nutre de la experiencia vivida» y es «pieza clave de nuestra identidad», pero tiene, sin embargo, el defecto de ser frágil y engañosa, pues implica, necesariamente, un proceso de selección de ciertos momentos de la vida que nos obligan a olvidar el resto. Además, matiza este historiador, es un proceso de filtración que equivale a «tamizar los recuerdos, enriquecerlos o contaminarlos por conocimientos y experiencias posteriores», sin olvidar, obviamente, que la memoria de una persona es siempre subjetiva, por lo que «se ata a las experiencias que se han vivido, se han observado, se han incorporado al recuerdo». Frente a esta, la memoria colectiva es el resultado de un proceso de construcción social. Aunque tiene que ver con la memoria individual, sobre la cual influye (a veces, incluso, hasta llegar a suplantarla), la característica diferenciadora de la memoria colectiva es que «lo que construye son *representaciones colectivas* del pasado forjadas desde el presente. Esta memoria organiza identidades sociales, las inserta en tramas de continuidad histórica y les impone coherencias y contenidos» (Baldó, 2013: 31-33).

Desde este punto de vista, resulta necesario acudir al sociólogo francés Maurice Halbwachs (1877-1945), autor de una importante y pionera obra en la que reflexionó sobre los conceptos de historia y memoria, poniendo un énfasis especial en lo que después hemos llamado la «memoria colectiva». Según Halbwachs, la multiplicidad de memorias individuales, que los distintos miembros de una sociedad crean dentro de los marcos que esta les

impone, se opone al carácter unitario de la historia, que él contempla como un saber científico, en el sentido positivista del término, en el que no caben las divergencias que sí se dan en la memoria, por su naturaleza subjetiva e individual.

Este autor distinguió entre dos tipos de memoria, a las que él llamó «interior» o «personal», y «exterior» o «social». La primera, a la que también denominó «memoria autobiográfica», se apoya en la segunda, a la que definió como «memoria histórica», no en el sentido que damos actualmente a este concepto, sino en el de que la memoria colectiva siempre se sitúa en fechas que remiten a un determinado contexto histórico que cada individuo comparte con el resto de la sociedad. Evidentemente, esta segunda memoria es mucho más amplia, si bien su representación del pasado es más «resumida y esquemática», pues en la memoria personal de cada uno, esa representación siempre será más «continua y densa» (Halbwachs, 2004: 55-57).

Retomando la tesis de Halbwachs, Nora ha señalado que historia y memoria son dos conceptos que no solo no son sinónimos, sino que se oponen el uno al otro, de manera que la historia empezaría, precisamente, donde acaba la memoria. Frente a la memoria, que depende de la subjetividad (individual o colectiva) y, por tanto, está sometida a las inconveniencias propias de los recuerdos, la historia es una representación del pasado que, pese a todos sus defectos, tiene vocación de objetividad y de universalidad:

> La memoria es la vida, siempre contenida por grupos vivientes y, en ese concepto, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible de prolongadas latencias y súbitas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido con el presente eterno, la historia, una representación del pasado. Por afectiva y mágica, la memoria solo da cabida a los detalles que la confirman; se alimenta de recuerdos vagos, entremezclados, globales o fluctuantes, particulares o simbólicos, sensibles a todas las transferencias, censuras, encubrimientos o proyecciones. La historia, por ser operación intelectual y laica, exige

> análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia lo desaloja de esa dimensión y siempre es prosaica (citado en Dosse, 2003: 217).

La relación más fructífera entre historia y memoria sería, según Nora, la que se produce cuando la historia, como ciencia social, contribuye a la reconstrucción de la memoria, como intentó este historiador al teorizar el concepto de *lieu de mémoire* y al inaugurar una corriente historiográfica centrada en el análisis de la memoria colectiva de las naciones. Así lo hizo él mismo al emprender la magna empresa de reconstruir la historia nacional de Francia a partir del estudio de sus lugares de memoria: monumentos, mitos, símbolos, paisajes, archivos, etc. (1984-1992).

Con respecto al término «memoria histórica», acuñado por Halbwachs, el propio sociólogo francés ya señaló en su día que se trataba de un concepto problemático porque asocia dos realidades —memoria e historia — opuestas. En esta misma línea se han expresado muchos historiadores que, más recientemente, también han puesto en duda la operatividad de un concepto que, a menudo, se ha usado para introducir en la práctica historiográfica intereses políticos o ideológicos del presente. Si la historia pretende reconstruir el relato verdadero de los acontecimientos, ha escrito González Calleja, «la memoria histórica tiende a ocultar o tergiversar aspectos del pasado perjudiciales para su propia finalidad o intereses: legitimidad, polémica, conmemoración, identidad, etc. […]. La memoria histórica no es la memoria erudita de los historiadores, sino la apropiación oficial y selectiva de recuerdos históricos por el grupo» (2013: 88).

En este sentido, insiste este autor, conviene no confundir la historia con la memoria histórica, que es «una historia dotada de finalidad, guiada por un interés que no es el conocimiento, sino el de la legitimidad, la polémica, la conmemoración o la identidad» (2013: 89), de la misma forma que no podemos mezclar la historia, que tiene unos límites muy concretos, con la memoria colectiva, cuyas fronteras son «lábiles e irregulares». Desde este punto de vista, «hay numerosas memorias colectivas, pero la Historia es una, objetiva e imparcial» (2013: 94).

Como ya señalé en el capítulo dedicado a las fuentes, es evidente que los testimonios de los que dispone el historiador condicionan su forma de acercarse al objeto de estudio. Durante las últimas décadas, el uso como fuentes de materiales que hasta ese momento no habían sido considerados

como tales, ha posibilitado la aparición de nuevos sujetos históricos, entre los que destacan las mujeres y las clases obreras o subalternas. Como ha explicado Traverso, «en este contexto de incremento de las fuentes de la Historia y de puesta en cuestión de sus jerarquías tradicionales se inscribe la emergencia de la memoria como nuevo lugar de trabajo para la escritura del pasado» (2007: 27).

Corrientes historiográficas como la historia oral, la «historia desde abajo» o los *Subaltern Studies* han convertido la memoria en una fuente histórica de primer nivel (pensemos, por ejemplo, en la historia de sociedades africanas y asiáticas para cuyo estudio no disponemos de los archivos que sí existen en países europeos) y, en ocasiones, en objeto de investigación histórica propiamente dicho, en el caso de la llamada «historia del tiempo presente». Como dice González Calleja, «si aceptamos que la oralidad y los relatos son los vehículos privilegiados de las memorias colectivas, las historias de vida y los archivos de testimonios orales permiten el tránsito de las formas privadas de la memoria a las formas públicas de la misma» (2013: 85).

Según el filósofo búlgaro-francés Tzvetan Todorov (1939-2017), el interés por la memoria no es exclusivo de los historiadores, sino que forma parte de una pasión colectiva que ha hecho que, desde los años finales del siglo XX , los europeos vivamos obsesionados por la memoria, «embargados por la nostalgia de un pasado que se aleja inevitablemente». Para este autor, que pone como ejemplo la proliferación desenfrenada de museos y conmemoraciones, las razones de este nuevo culto a la memoria serían varias (2000: 49-54):

a) La representación del pasado forma parte de nuestra identidad individual, pero también de la colectiva. Los humanos sentimos la necesidad de pertenecer a un grupo y de encontrar un medio que reconozca nuestra existencia.

b) La preocupación por el pasado nos permite desentendernos de los problemas del presente, además de aportarnos los «beneficios de la buena conciencia». Frente a lo incómodo que resulta ocuparse de las víctimas de hoy, dice Todorov, conmemorar a las víctimas del pasado resulta gratificador.

c) Los practicantes de este culto a la memoria suelen adquirir, si son sus protagonistas, un privilegio o un reconocimiento en el seno de la

sociedad. Ningún antiguo soldado desea que su heroísmo sea ignorado, cosa, por otra parte, muy comprensible. Nadie quiere ser víctima, pero todos quieren haberlo sido y aspiran al «estatuto» de víctima, para alcanzar ese reconocimiento social.

Durante las últimas décadas, el diálogo entre la historia y la memoria (tanto la memoria colectiva como la memoria histórica) también ha influido en lo que el filósofo alemán Jürgen Habermas llamó el «uso público de la historia» y el historiador español Gonzalo Pasamar ha definido como la creación de «los cauces por los cuales se divulga el conocimiento histórico y su importancia», así como «los mecanismos a través de los cuales este se transforma dentro del espacio público» (2003: 228). De todos los usos públicos de la historia, el uso político es, según los historiadores españoles Juan José Carreras (1928-2006) y Carlos Forcadell, el más peligroso y determinante, pues «es el que degrada a la historia, transformándola en una historia meramente instrumental, sin más razón que su utilidad para ser usada» (2003: 11).

Durante los últimos años, este uso público y político de la historia, que se viene haciendo desde la época del Renacimiento y el Humanismo, ha adquirido una mayor importancia, al hilo de ese culto a la memoria del que ha hablado Todorov y de la proliferación de efemérides y conmemoraciones relacionadas, muy a menudo, con la creación o consolidación de la identidad nacional. De la misma manera que la memoria histórica se ha empleado con esta finalidad política, desde la política también se ha usado el poder para borrar la memoria —la *damnatio memoriae* que ya practicaban en el Antiguo Egipto— de todo aquello que quería ser olvidado; para, como ha dicho Baldó, «extirpar, destruir, desfigurar todos los lugares, monumentos, nombres de calles, símbolos, imágenes, espacios, fiestas, calendario…» (2013: 36).

Como miembro de la sociedad civil que, por su oficio, contribuye a la creación de la conciencia histórica de dicha sociedad, al historiador le corresponde la tarea de velar por que ese uso público de la historia se haga de la forma más rigurosa posible, sin contaminaciones ni manipulaciones ideológicas; en definitiva, que el uso de la historia sea público, pero no político, en el sentido de que el poder no tergiverse la historia con una finalidad propagandística. Nos guste o no, ha escrito el historiador español Josep Fontana (1931-2018), las colectividades funcionan a partir de

conciencias colectivas y, en la medida que ese discurso público tiende a formarlas (o a deformarlas), el historiador no puede quedarse al margen del problema. Si es frecuente que los historiadores académicos «proclamen su menosprecio por esos usos públicos, como si significaran una profanación de su misterio», lo cierto es que otras veces no dudan en participar y reforzarlos con su presencia (sobre todo cuando se trata del discurso del orden establecido), no tanto por convicción, sino más bien «por el deseo de participar en el reparto de beneficios y premios que se reservan a quienes trabajan respetando las reglas del juego» (2010: 163). Otro historiador español, Julián Casanova, ha identificado con argumentos cuáles son las consecuencias de que, todavía hoy, la historia se use en el ámbito de la esfera pública como si fuese un arma arrojadiza:

> Hay quien utiliza la Historia para conmemorar el presente. Todos los centenarios y las grandes celebraciones conmemoran el presente celebrando la Historia. Cuando el Presidente de la Diputación de cualquier provincia le ofrece al «historiador de pro» un centenario, este sabe que detrás hay un dinero, hay un poder y hay unos medios de comunicación, y entonces lo acepta. Esa misma persona, que no ha podido conseguir un proyecto de investigación para cinco jóvenes que empiezan con becas, se presta a participar en un centenario en el que le van a dar a él ese dinero. Este es un tema grave que nunca ha sido denunciado. ¿Por qué? Porque, en el fondo, es una red en la que participan los políticos a través de las instituciones locales, de las Diputaciones provinciales, de las Cajas de Ahorro… Prácticamente, todo el mundo participa. En segundo lugar, las celebraciones y las conmemoraciones, en la medida que están pagadas por el poder público, es evidente que están orientadas; luego, uno sabe a qué juega… En la conmemoración del Quinto Centenario, del 98, de la Guerra Civil…, cada uno sabe a qué está jugando. Y, por último: ¿por qué todo ese caudal de grandes conmemoraciones? De nuevo esto nos lleva al tema de investigación básica: becas cada vez más escasas, proyectos de investigación insuficientemente financiados… Estamos en esa situación (Bonachía y Martín Cea, 2008: 53).

En definitiva, y como ha señalado el también historiador español Ignacio Peiró, lo que sí parece evidente es que los historiadores no deberíamos eludir «la propia responsabilidad de la historiografía y también su fuerza crítica ante una realidad que podía terminar devorada por el exceso de memoria y su representación espectacular en el presente simultáneo de la "esfera pública"» (2004: 293). Aunque sean muchos los actores sociales que participen en el debate sobre la memoria y sobre el uso público de la historia, al historiador se le debe exigir más que a ninguno de ellos, pues él es quien se dedica profesionalmente al estudio del pasado y quien tiene —o debería tener— una mayor formación o capacidad teórica para establecer los límites entre lo que es memoria y lo que es historia; entre lo que es un uso de la historia y lo que es un abuso.

Bibliografía

ALÍA MIRANDA, Francisco, *Técnicas de investigación para historiadores: las fuentes de la Historia*, Madrid, Síntesis, 2008.

ARÓSTEGUI, Julio, *La investigación histórica: teoría y método,* Barcelona, Crítica, 1995.

AZORÍN, *El alma castellana (1600-1800)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002 [1900].

— *¿Qué es la historia? Reflexiones sobre el oficio de historiador,* edición, introducción y notas de Francisco Fuster, Madrid, Fórcola, 2012.

BALDÓ LACOMBA, Marc, *El saber histórico*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2013.

BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, traducción de Pablo González Casanova y Max Aub, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 [1949].

— *Historia e historiadores*, edición de Étienne Bloch, traducción de F. J. González García, Madrid, Akal, 1999 [1995].

BONACHÍA, Juan Antonio, y MARTÍN CEA, Juan Carlos, «Conversación con Julián Casanova: sobre la historia, los historiadores y la universidad», *Edad Media: Revista de Historia,* 9, 2008, págs. 35-57.

BRAUDEL, Fernand, *La Historia y las Ciencias Sociales,* traducción de Josefina Gómez Mendoza, Madrid, Alianza, 1968.

BREISACH, Ernst, *Sobre el futuro de la historia: el desafío posmodernista y sus consecuencias,* traducción de Mónica Burguera, Valencia, PUV, 2009 [2003].

BURKE, Peter, «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* traducción de José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 1996 [1991].

CARR, Edward H., *¿Qué es la historia?,* traducción de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Ariel, 2003 [1961].

CARRERAS, Juan José, y FORCADELL, Carlos, «Historia y política: los usos», en Juan José Carreras y Carlos Forcadell (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons/Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2003.

COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia,* traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1988 [1946].

CROCE, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad,* traducción de Enrique Díez-Canedo, prefacio de Francesco Tomatis, México, Fondo de Cultura Económica, 2005 [1938].

DAVIS, Natalie Zemon, *Pasión por la historia: entrevistas con Denis Crouzet,* traducción de Justo Serna y Anaclet Pons, Valencia, PUV-Universidad de Granada, 2006 [2004].

DE CERTEAU, Michel, *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 2006 [1978].

DOSSE, François, *La historia en migajas: de «Annales» a la «nueva historia»,* traducción de Francesc Morató Pastor, Valencia, Alfons el Magnànim, 1989 [1987].

— *La historia: conceptos y escrituras,* traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003 [2000].

DUBY, Georges, *Diálogo sobre la historia: conversaciones con Guy Lardreu,* traducción de Ricardo Artola, Madrid, Alianza, 1988 [1980].

ECO, Umberto, *Cómo se hace una tesis,* traducción de Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez, Barcelona, Gedisa, 1987 [1977].

FEBVRE, Lucien, *Combates por la historia,* traducción de Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol, Barcelona, Ariel, 1982 [1952].

FEIJOO, Benito Jerónimo, *Reflexiones sobre la historia (del Teatro Crítico Universal),* edición, introducción y notas de Francisco Fuster, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014.

FONTANA LÁZARO, Josep, *L'ofici d'historiador,* Girona, Documenta Universitaria, Publicacions de la Càtedra Ferrater Mora, 2010.

GADDIS, John Lewis, *El paisaje de la historia: cómo los historiadores representan el pasado,* traducción de Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Anagrama, 2004 [2002].

GOMBRICH, Ernst H., *Tributos: versión cultural de nuestras tradiciones*, traducción de Alfonso Montelongo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1984].

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Memoria e historia: vademécum de conceptos y debates fundamentales,* Madrid, La Catarata, 2013.

HALBWACHS, Maurice, *La memoria colectiva,* traducción de Inés Sánchez-Arroyo, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2004 [1968].

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy*, Madrid, Akal, 2004.

LANGLOIS, Charles-Victor, y SEIGNOBOS, Charles, *Introducción a los estudios históricos,* estudio introductorio y notas de Francisco Sevillano Calero, Alicante, Universidad de Alicante, 2003 [1897].

LE GOFF, Jacques, y NORA, Pierre, «Presentación», en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la historia,* traducción de Jem Cabanes, vol. I, Barcelona, Laia, 1978 [1974].

LUKACS, John, *El futuro de la Historia,* traducción de María Sierra, Madrid, Turner, 2011.

MARROU, Henri-Irénée, *Del conocimiento histórico,* traducción de Stella Abreu, Buenos Aires, Per Abbat Editora, 1985 [1975].

MORADIELLOS, Enrique, *El oficio de historiador: estudiar, enseñar, investigar,* Madrid, Akal, 2016 [2013].

NORA, Pierre, *Les Lieux de mémoire,* Paris, Gallimard, 3 tomos, 1984-1992.

PASAMAR AZURIA, Gonzalo, «Los historiadores y el "uso público de la historia": viejo problema y desafío reciente», *Ayer,* 49, 2003, págs. 221-248.

PEIRÓ, Ignacio, «La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores», *Memoria y Civilización,* 7, 2004, págs. 243-294.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, y MANZANO MORENO, Eduardo, *Memoria histórica*, Madrid, CSIC-La Catarata, 2010.

POMIAN, Krzysztof, *Sobre la historia,* traducción de Magalí Martínez Solimán, Madrid, Cátedra, 2007 [1999].

PONS, Anaclet, *El desorden digital: guía para historiadores y humanistas,* Madrid, Siglo XXI, 2013.

PROST, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia,* edición y traducción de Anaclet Pons y Justo Serna, Madrid, Cátedra-PUV, 2001 [1996].

RAAB, Nigel A., *Who is the Historian?,* Toronto, University of Toronto Press, 2016.

RANCIÈRE, Jacques, *Los nombres de la historia: una poética del saber,* traducción de Viviana Claudia Ackerman, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993 [1992].

RICOEUR, Paul, *Historia y verdad*, traducción de Alfonso Ortiz García, Madrid, Encuentro, 1990 [1955].

RUIZ- DOMÈNEC, José Enrique, *El reto del historiador,* Barcelona, Península, 2006.

SCHAMA, Simon, *Confesiones y encargos: ensayos de arte,* prólogo de José Enrique Ruiz-Domènec, traducción de Almudena Blasco, Barcelona, Península, 2002.

SCHORSKE, Carl E., *Pensar con la historia: ensayos sobre la transición a la modernidad,* traducción de Isabel Ozores, Madrid, Taurus, 2001 [1998].

SERNA, Justo, *El pasado no existe: ensayo sobre la historia,* Madrid, Punto de Vista Editores, 2016.

SERNA, Justo, y PONS, Anaclet, *La historia cultural: autores, obras, lugares,* Madrid, Akal, 2013 [2005].

TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria,* traducción de Miguel Salazar, Barcelona, Paidós, 2000 [1995].

TRAVERSO, Enzo, *El pasado: instrucciones de uso. Historia, memoria, política,* traducción de Almudena González de Cuenca, Madrid, Marcial Pons, 2007 [2000].

VEYNE, Paul, *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia,* traducción de Joaquín Aguilar, Madrid, Alianza, 1984 [1971].

WHITE, Hayden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica,* traducción de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1999 [1987].

— *El texto histórico como artefacto literario,* introducción de Verónica Tozzi, traducción de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino, Barcelona, Paidós, 2003.

Edición en formato digital: 2020

Ilustración de cubierta:
Clío, de G. Baglione, 1620 (Museo de Bellas Artes de Arrás, Francia)

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-4114-0

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com